

DEMASIADAS CHICAS PARA UN MUERTO

Silver KANE

SILVER KANE
DEMASIADAS CHICAS PARA UN MUERTO

Colección

HEROES DE LA PRADERA n.° 509 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA S A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B, 28.423 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: octubre, 1979

Impreso en los Talleres Oráticos de Editorial Bruguera, S. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

El sol caía a plomo sobre la llanura seca, sobre los mesquites polvorientos y sobre las cabezas de los cuatro hombres.

Era un sol aplastante, mortuorio. No se notaba ni el calor. Era solamente como una inmensa losa de plomo.

De los cuatro hombres, tres estaban a un lado y el cuarto al otro. Existía más allá otro hombre, pero ése no se daba cuenta de nada. Los tres de un lado tenían ya las manos rozando las culatas. El cuarto había dejado caer los brazos a lo largo del cuerpo, con un gesto negligente, como si la cosa no fuera con él.

Pero todos sabían que eso era falso.

Rudy siempre parecía relajarse, descansar, en el momento de enviar a alguien a la tumba.

Claro que esta vez iban a ser tres...

Sus enemigos estaban seguros de matarle.

No podría hacer nada contra tres bocas de fuego en aquel terreno pelado y si ninguna protección.

Uno de ellos barbotó:

—Has hecho mal en venir, Rudy.

—Ya no salvarás a tu amigo.

—Y en cambio reventarás tú.

Rudy apenas entreabrió los labios.

—Eso estoy esperando desde hace tiempo —dijo—. Reventar…

Y contorsionó la cintura.

Ninguno de los tres previo el momento exacto en que Rudy iba a disparar. Ese fue su secreto. Sacó instantáneamente el revólver derecho y un segundo después el izquierdo. Todo sucedió como en un parpadeo, con tanta rapidez que los tres hombres que estaban ante él no pudieron creerlo.

Ni les quedó tiempo para asombrarse.

Los dos revólveres dibujaron un doble movimiento de abanico, uno hacia un lado y otro hacia el opuesto, para encontrarse en el centro. Los dos hombres de los extremos cayeron fulminados sin haber llegado a tirar de sus culatas hacia arriba. El del centro pudo «sacar» y disparar.

Pero no le sirvió de nada.

La bala había quedado corta.

En cambio dos plomos seguidos disparados por los «Colt» de Rud; le alcanzaron en el centro de la cabeza. No sintió absolutamente nada. Sólo que el sol parecía acercarse, acercarse, llenarlo todo con su fuego…

Cayó con los brazos abiertos y con la cara empapada en sangre.

Rudy sopló en ambos cañones y recargó primero un «Colt» y luego otro.

Parecía no tener prisa.

El apodo que le habían dado en todo el Sudoeste le cuadraba muy bien. Le llamaban el Impasible.

Estaba tan tranquilo en la llanura pelada como un cazador de mariposas en un jardín.

Y, sin embargo, una tempestad rugía en su pecho.

Avanzó hacia los tres hombres y los miró.

Eran sucia carroña de la frontera, con un pie en México y otro en los Estados Unidos. Individuos que se alquilaban para matar en uno

u otro país, según las circunstancias.

Tenían que pertenecer a la banda de Bentham.

El la había aniquilado. La había aniquilado por dinero, no por otra cosa, Pero había cobrado bien y había realizado su trabajo concienzudamente. Estos eran los tres últimos. Una especie de restos de serie que quedaban para las liquidaciones.

Entrecerró los ojos.

Por primera vez en muchos meses brilló en ellos una chispita de odio, tal vez de miedo.

Miraba el bulto humano sujeto por las muñecas a un tronco pelado, caído de rodillas bajo el sol.

Había visto a los tres hombres cuando lo capturaban. Había visto desde muy lejos cómo lo ataban al tronco.

Rudy avanzó lentamente.

Tenía miedo de no haber llegado a tiempo.

Y una sorda angustia le reconcomía, aunque hacía todos los esfuerzos por mantenerse impasible.

Vio el bulto humano.

Estaba sin sentido.

No sólo le habían atravesado con un balazo, sino que le habían roto completamente las manos a golpes de culata. Y se disponían a dejarlo al sol «para que se secase» cuando Rudy llegó.

El joven se arrodilló lentamente.

El prisionero iba vestido con ropas tal vez demasiado anchas, unas ropas poco atractivas, pero que eran cómodas para vivir en aquel lado del país. Sus cabellos eran muy cortos. Su piel todavía muy fina.

Daba la sensación de un muchacho al que todavía no ha empezado a crecer la barba,

Rudy desgarró un poco la camisa.

Y debajo aparecieron los senos, unos senos núbiles de muchacha que todavía no ha conocido el amor.

—¿Se han dado cuenta? —bisbiseó.

El bulto humano, lo que parecía un hombre prisionero, había entreabierto apenas los ojos.

Una especie de sonrisa flotó en sus labios, una sonrisa iluminada por la esperanza, pero también crispada por el dolor.

—No se han dado cuenta..., Rudy...

—Seguían creyendo que eras un hombre...

—Sí...

—Espera, Lena. Yo te ayudaré.

Pero cuando fue a mover a la muchacha, ésta lanzó un gemido de insoportable dolor y por el boquete que le había abierto la bala escapó un chorro de sangre.

Rudy entendía mucho de balazos.

Por desgracia suya.

Y se dio cuenta de que éste era mortal. Si movía un poco más a Lena, se le quedaría entre las manos.

Aparte de eso, le habían destrozado también todos los huesos, de muñecas para abajo. Aquellas lesiones eran irrecuperables. Lena, aunque viviera, no podría servirse de sus manos nunca más.

Una oleada de rabia asomó a los ojos de Rudy.

Pero fue sólo un momento.

Nadie que no le conociese muy bien la habría notado. Sus facciones seguían siendo como un bloque de piedra.

Lena, procurando que a sus labios asomara aún una sonrisa animosa, balbució:

—No te preocupes. Algún día... tenía que llegar.

—¿Cuándo te han empezado a perseguir, Lena?

—Esta mañana... al separarnos... Por lo visto ya nos buscaban y... y me han perseguido a mí.

Rudy se mordió el labio inferior.

—No debimos habernos separado nunca...

—Tú lo hiciste por mi bien. Creías que así no correría peligro... Pero no sufras por esto, Rudy... Tenía..., tenía que llegar...

Y lanzó otro gemido de dolor, mientras apretaba la cabeza desesperadamente contra el tronco del árbol.

—Dios mío... Duele..., duele mucho...

—Te daré un poco de licor, Lena.

—No... No hace falta. Mejor dicho... no hay tiempo. Quiero..., quiero despedirme de ti, Rudy... Quiero decirte... algo que nunca te he dicho...

El le sujetó la cabeza con dulzura, tratando de ayudarla, tratando de calmar su dolor.

—Ya me lo explicarás más tarde, Lena. Tendremos tiempo para todo...

—No, Rudy, el tiempo ya se ha terminado para los dos. Y quisiera... Tengo que..., tengo que decirte que he sufrido mucho.

—¿Por mi culpa?

—Sí...

—¿Qué he hecho yo, Lena? Si lo hubiese sabido...

—No, no podías saberlo ni podías hacer nada... No podías saberlo porque todos los hombres... sois un poco idiotas. Porque tenías que haberte dado cuenta de que yo, la mejor amiga de tu hermana..., estaba brutalmente enamorada de ti.

Y apretó los labios con un gesto de patético dolor, mientras aún intentaba sonreír.

Aquella sonrisa se le quedó como cristalizada en el rostro.

Cerró los ojos.

Y su cabeza cayó a un lado con inercia, con esa inercia especial de la muerte.

En la garganta de Rudy hubo como una crispación.

Eso fue todo.

Diríase que ningún sentimiento pasaba por él, aunque los que le conocían bien se hubieran dado cuenta de que estaba sufriendo tanto como si le quemaran con un hierro al rojo.

Desató a Lena.

La tendió lentamente en el suelo y buscó con los ojos un sitio en el cual sepultarla. Un sitio —aunque ya importaba poco— que estuviese al abrigo de aquel implacable y mortífero sol.

No lo encontró.

No lo encontró porque en aquel momento vio las cuatro sombras proyectarse sobre él. Las sombras alargadas, hieráticas, un poco siniestras, de aquellos cuatro jinetes.

CAPITULO II

Rudy volvió lentamente la cabeza para mirarlos.

Estaba indignado consigo mismo, aunque eso tampoco se notaba en su rostro. En su larga vida de pistolero era la primera vez que se dejaba sorprender. ¿Cómo infiernos era posible que no se hubiese dado cuenta? ¿Tan trastornado estaba por la muerte de Lena?

Y entonces se dio cuenta de que los cascos de los caballos estaban envueltos con trapos. No habían hecho el menor ruido. Por eso los jinetes se habían movido como fantasmas.

Pero no parecían dispuestos a disparar sobre él. Ni siquiera habían acercado las manos a las culatas. Eso significaba o que venían en son de paz o que se sentían endiabladamente seguros.

Uno de ellos señaló al cadáver.

—¿Una mujer?

—Sí.

—Pues es una buena sorpresa, Rudy.

—Puede que lo sea —dijo el joven, secamente.

—Esa mujer disimulaba muy bien su sexo. Parecía un muchacho.

—Sí —dijo Rudy lentamente—. Lo disimulaba bien.

—¿Por qué?

—En según qué sitios, siempre es mejor disimular que se es una mujer.

Los cuatro jinetes la miraban.

Seguían sin acercar las manos a las culatas de los revólveres.

Uno de ellos musitó:

—Todo el mundo lo creía, Rudy; todo el mundo pensaba que tu compañero era un hombre.

Rudy no contestó.

Seguía mirando fijamente a los cuatro desconocidos.

Uno de ellos murmuró:

—¿Por qué te acompañaba ella? ¿Por qué te acompañaba precisamente una mujer?

Y otro:

—¿Acaso era tu novia?

—No.

—¿Pues entonces por qué?...

—Era la mejor amiga de mi hermana.
—¿Es eso suficiente razón?
—En este caso, sí.
—¿Por qué no lo explicas mejor, Rudy?
—No hay motivo para que no lo sepáis. Bastante gente conoce esa sucia historia.
—¿Qué historia?
—Mi hermana fue ultrajada y luego asesinada por unos desconocidos. Lena lo vio. Dijo que si alguna vez volvía a echarles el ojo encima, los reconocería en seguida.
—¿Y por eso te acompañó?
—Sí. Porque yo quería venganza.
—Y en caso de tropezarse con aquellos desconocidos, ella te los hubiese señalado, ¿verdad?
—Exacto.
Los cuatro hombres asintieron casi a la vez, como si fueran muñecos mecánicos.
Uno señaló hacia atrás, hacia donde estaban los tres muertos.
—¿Eran ésos? —preguntó.
—No, no lo eran. Desgraciadamente me quedaré sin saberlo ya. Esos eran pistoleros por los que había cobrado para matarlos. Me ofrecieron un buen precio por exterminarlos.
Arqueó una ceja y añadió lentamente:
—Y vosotros, ¿quiénes sois?
—Gente que te buscaba.
—¿Para qué?
—No temas, no es para matarte.
—No temo absolutamente nada —dijo Rudy con voz chirriante —. En todo caso vosotros.
—Tú eres un pistolero profesional. Tú aceptas encargos que significan riesgo y muerte —dijo otro de los cuatro.
—Vivo de eso.
—Pues bien, nosotros tenemos un encargo que hacerte.
—¿Vosotros...?
—Más bien nuestro patrón.
—¿Quién es vuestro patrón?
Ninguno de los cuatro hombres contestó.
Parecieron aspirar el aire quieto de la tarde mientras miraban

hacia el Sur, hacia la frontera de México.

Al fin uno de ellos susurró:

—Parece que buscabas un buen sitio para enterrar a la chica, ¿no?

—Sí, eso es. Buscaba un buen sitio.

—Pues nosotros te ayudaremos a enterrarla. Mira, allí al fondo hay una colina suave. Allí crece un poco la hierba...

CAPITULO III

La hierba...

En aquella tierra reseca era extraño poder pisar un poco de césped delante de la casa, tener una cierta sensación de frescura, de algo que liberase de aquel inacabable verano.

La casa estaba pintada de blanco.

Su color agradable y nuevo destacaba entre las sombras de la noche.

Rudy se acercó y llamó.

La mirilla.

Y detrás de la mirilla -aquel rostro escrutador, aquel rostro ancho y aplastado de campeón negro de boxeo.

—¿Qué quiere?

—Me llamo Rudy.

—Y yo John.

—Eso me importa poco.

—Pues a mí me importa menos que usted se llame Rudy.

—Su padre.

—El suyo.

Después del amable intercambio de frases, el negro fue a cerrar. Pero no contaba con el puño de Rudy, un puño que parecía de hierro y que deshizo la mirilla de un seco impacto. Antes de que el negro pudiera evitarlo, se encontró asido por el cuello. Trató de retirarse y no pudo. Aquellos dedos de acero le habían estrujado materialmente la nuez de Adán y amenazaban con retorcérsela, haciéndosela salir por las narices.

Rudy masculló:

—Abre.

—Bien..., bien, señor.

El negro hizo girar la llave por dentro.

Y Rudy empujó la puerta, pero sin soltar al negro ni sacar el brazo de la mirilla. Es decir, hizo girar la hoja de madera con negro y todo.

Al estar dentro lo soltó.

Pero el negro, que iba correctamente vestido, incluso con un chaleco floreado tipo tahúr, intentó sacar instantáneamente un

«Derringer» de una funda sobaquera.

El puntapié de Rudy hizo que el «Derringer» saltara por los aires.

Luego movió los dos puños.

¡Zas! ¡Clack!

Los dos impactos fueron brutales. La mandíbula del negro bailó de un lado para otro. Y cayó chocando de espaldas contra la pared y descolgando brutalmente el cuadro que había en ella.

Por el momento no tendría que preocuparse más de él.

Y miró el sitio donde estaba.

Un vestíbulo elegante, perfectamente alfombrado, del que partían unas escaleras también pintadas de blanco. Los cuadros de las paredes eran de temas frívolos. En todos ellos había opulentas mujeres en actitudes desmayadas y enseñando las ligas.

Una puerta se abrió entonces.

Estaba debajo de las escaleras.

Y en el umbral apareció uno de los hombres con los que Rudy hablara el día antes. Pero ahora no parecía un jinete de la frontera, sino un caballero. Llevaba elegantes ropas y también un chaleco floreado. Dirigió a Rudy una sonrisa satisfecha.

—Bien venido, amigo —susurró.

—¿Bien venido? —preguntó Rudy—. Ese negro no parecía pensar lo mismo.

—No estaba avisado.

—¿Y por qué no se le dijo que yo vendría?

—Porque sabíamos cómo reaccionaría ante un desconocido como tú. Y queríamos saber, en un caso así, cómo eran tus recursos.

—¿No soy un tío bastante probado? ¿Aún necesitáis saber con quién os jugáis el dinero?

—Es que se trata de *mucho* dinero.

—Idos al diablo.

—Perdona, Rudy. Ha sido una prueba sencilla, después de todo. En ningún momento te has jugado la piel.

Rudy respiró hondamente, como resignándose. Al fin y al cabo estaba acostumbrado a que la gente nunca confiara del todo en él.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a donde sea.

—¿Ya sabes en qué sitio estás?

—En uno de los edificios más elegantes de este lado de Arizona. Y bien cuidado. ¡Hasta tiene césped y todo! Supongo que es una casa

de juego. El modo como me han tratado lo demuestra.

—Es una casa de juego y algo más. Aquí viene la gente más rica de la comarca. Y también la gente más rica del otro lado de la frontera.

—¿Chicas?... —susurró.

—Chicas suculentas.

—Nunca creí que me citarais en un sitio así.

—¿Y dónde crees tú que se hacen los negocios? ¿En una cuadra?

—Muchos negocios los he hecho en cuadras —musitó Rudy.

—"Porque nunca has sido un hombre de categoría. Perdona, Rudy, pero hasta ahora has sido un pistolero barato. Es a partir de este momento cuando puedes empezar a ganar dólares a montones. Prepárate.

—Para ganar dólares a montones siempre estoy preparado.

—Pues sígueme.

—Un momento. Antes quiero hacer una pregunta. ¿A quién pertenece esta casa?

—A Torres.

—Torres tiene negocios en México y aquí —dijo—. Grandes negocios.

—Tú lo has dicho.

—Pero no creí que se dedicara también a las chicas y al juego.

—¡Oh, muchacho, qué modo más inocente de hablar! ¿Es que siempre serás un pistolero barato? Torres tiene esta casa, más para sus amigos que para ganar dinero. Claro que también lo gana, pero... Bueno, los dólares que entran aquí son casi contra la voluntad de Torres.

Lo importante es tener un sitio discreto para los políticos, para los generales... ¿O no has aprendido aún que los grandes negocios se hacen mejor con una chica a un lado y una bandeja llena de botellas en el otro?

—Yo no he hecho grandes negocios jamás —dijo secamente Rudy —. Ese debe haber sido mi defecto.

—Y tanto, muchacho, y tanto... Hala, sube.

Las escaleras llevaban al piso superior de aquella casa de dos plantas.

Arriba había un gran vestíbulo alfombrado con dos puertas. Una estaba cerrada, la otra entreabierta. De la entreabierta llegaban el

rumor de las voces, el choque de los dados, el tintinear de los vasos y todos esos sonidos peculiares, en fin, de las salas elegantes de juego.

Pero no entraron allí.

Abrieron la puerta cerrada y se encontraron con un pasillo donde había otras varias puertas, todas ellas cerradas. Rudy comprendió en seguida qué especial clase de negocio tenía lugar allí. En las paredes abundaban también los cuadros de señoras opulentas y suavemente *negligés,* enseñando las ligas.

—¿Qué te parece esto? —preguntó el hombre—. ¿Te gusta?

—Pche.

—A que nunca has visto chicas tan estupendas.

—No, pero éstas están pintadas.

—Espera.

Y abrió la puerta del fondo.

Otra chica opulenta en postura negligente, con la laida muy arriba y enseñando las ligas. Otra chica como las de los cuadros, pero mejor aún. Una chica capaz de marear al mismo tiempo a un lobo de mar y a una docena de cazadores de bisontes.

Una chica sensacional, en fin.

Y además no era como las de los cuadros.

¡Esta se movía!

* * *

Se movió del todo para cambiar de posición, dejando el diván en que estaba. Tomó asiento en el borde de una de las butaquitas que adornaban la pieza. Sus labios pulposos y rojos eran como una diabólica tentación. Sus ojos ligeramente rasgados miraron a Rudy.

Este se había detenido en el umbral.

Bisbiseó:

—La verdad, me he llevado una buena sorpresa. Nunca creí que Torres fuera una mujer tan guapa.

La puerta se cerró a su espalda.

El tipo que le había traído hasta allí acababa de dejarles solos.

—No soy Torres —dijo la opulenta muchacha—. ¿Tan despistado estás, hermano? Yo soy su secretaria.

—Ah, vaya...

—Una secretaria para todo, ya lo puedes imaginar.

—Mi imaginación ha ido y ya ha vuelto, preciosa.

—Siéntate.

Rudy lo hizo.

Y a su lado.

Pero, tal vez en contra de lo que la sirenita esperaba, no la abrazó.

Aún estaba demasiado reciente en él la visión del cadáver de Lena. Aquel pobre cadáver abrazado a un tronco y con las manos rotas.

La muchacha susurró:

—¿Hubieses preferido hablar con el mismo Torres?

—No, claro que no. Es mucho mejor hablar contigo. ¿Pero qué infiernos le pasa a él?

—Está enfermo. No puede ocuparse personalmente de este asunto.

—¿Qué asunto?

Ella alzó un poco la pierna derecha, colocándola sobre el respaldo de la butaca.

Era una mujer diabólicamente hermosa. Era la tentación misma.

Pero Rudy no se alteró.

—¿Qué asunto? —repitió.

—Muchacho —dijo ella, con voz suave—. ¿Quieres ganar diez mil dólares?

—Claro que quiero ganarlos. Nunca me han pagado tanto por un trabajo. ¿Pero qué es lo que debo hacer?

—Algo muy sencillo para ti: matar a una persona en México…

CAPITULO IV

México...

Se dice que Hernán Cortés, cuando alguien le preguntó cómo era el país, tomó un pedazo de papel muy grueso, lo arrugó frenéticamente, lo lanzó sobre Una mesa y exclamó: «¡Mirad! ¡Esto es México!»

Altas montañas y valles profundos. Y, de repente, grandes zonas planas y casi desiertas. Sequedad. Sol. Mesquites y cactos en las llanuras peladas. Mujeres de ojos ardientes y niños de mirar famélico. Hombres acostumbrados a ganarse la vida con su sangre, a golpes de machete.

Un país donde la escasa riqueza aún estaba tan mal repartida que masas enteras de la población se morían materialmente de hambre. Y un país donde las revoluciones eran una enfermedad permanente, porque los campesinos preferían morir con el machete en la mano que reventar de inanición por no tener un- mal pedazo de tierra.

—No es extraño que sea así —le dijo el viejo a Rudy, señalándole la llanura—, porque aquí y en esta época se mata o se muere. ¿Pero sabe qué es lo peor? Que las revoluciones están financiadas muchas veces desde el otro lado de la frontera.

Aunque tenía la boca seca, Rudy puso un delgado cigarro entre sus labios.

—¿Qué quiere decir? —musitó—. ¿Traficantes de armas?

—Exacto. Traficantes que arman a los campesinos, pero que al mismo tiempo arman también a los terratenientes. Sobre todo a éstos, porque son los que pagan mejor.

—¿Torres?

El viejo rió secamente.

—¿Me pregunta si Torres es uno de esos traficantes de armas? La verdad es que nunca lo he sabido. Lo único que sé es que tiene negocios en todas partes.

Tomó uno de los cigarros que sobresalían del bolsillo de la camisa de Rudy y se lo puso entre los labios también, con expresión pensativa.

—Yo realizo pequeños trabajos para Torres —añadió—, pero sólo como el que estoy haciendo ahora: trabajos de guía. Me encargaron

que le orientara a usted y lo he hecho: aquello que está viendo es el sitio en que usted tiene que trabajar.

Le señaló un punto sobre una colina.

Era una edificación de piedra.

Parecía un viejo convento o un viejo cuartel. A aquella distancia no se sabía. Pero era una especie de fortaleza, de eso no cabía duda. Y tenía que estar bien guardada.

Rudy se llevó la mano derecha al ala del sombrero.

—Gracias —dijo sencillamente.

Y picó espuelas con suavidad para alejarse de allí.

El viejo preguntó;

—¿Va a hacerlo solo?

—Sí. ¿Por qué?

—Entonces únicamente he de decirle una cosa.

—¿Qué ha de decirme?

—Que no sufra demasiado cuando le maten...

* * *

Rudy miró la luna en cuarto menguante y miró los nubarrones que surcaban el cielo. La visibilidad iba a ser mínima, cosa que le favorecía. En una noche de luna clara le hubiera sido imposible hacer lo que tenía proyectado.

Tras dejar su caballo a cierta distancia, avanzó a pie por la falda pedregosa de la colina.

En las alturas se divisaba el edificio como una mole de piedra.

Se trataba de un antiguo cuartel que ahora había sido transformado en cárcel y fortaleza por los hombres del cacique Villegas, uno de los terratenientes más ricos de la comarca, quien tenía un verdadero ejército para defenderse de sus propios campesinos.

Rudy vestía enteramente de negro.

Lo necesitaba para aquella misión.

Y su cuerpo estaba materialmente tapizado de fundas conteniendo puñales.

Llevaba cuatro en la cintura, cuatro más colgándole del pecho y otros cuatro repartidos entre sus piernas.

También llevaba una larga cuerda a cuyo extremo había un garfio múltiple de cuatro puntas. Y su «Colt» cargado con seis balas, aunque esperaba no tener que usarlo.

Si metía ruido, estaba perdido.

Tenía que obrar silenciosamente.

Mientras avanzaba con sigilo, remontando la colina, tuvo aquel macabro tropiezo.

Un hombre estaba enterrado hasta los hombros… Le habían dejado morir de hambre y de sed. Habían dejado que el sol le achicharrase. Y junto a su cara, marcada por una huella de indecible sufrimiento, un cartel escrito con gruesas letras proclamaba:

AHORA YA TIENE TIERRA

Tenía que ser uno de los campesinos sublevados contra Villegas. Uno de los muchos hombres a quienes el cacique había querido administrar un castigo ejemplar.

Rudy cerró un momento los ojos.

Aún le parecía oír las palabras de la hermosa mujer cuando ella le habló en aquella habitación íntima de la casa de juego. Aún le parecía oír su voz pastosa, cadenciosa, lenta:

—El hombre a quien tienes que matar se llama Villegas.

—¿Y dónde le encontraré?

—Un viejo llamado Oscar te acompañará. Vendrá a buscarte mañana. El te llevará al otro lado de la frontera.

—¿Es difícil matar a Villegas?

—Mucho. Si fuera fácil, no te pagarían diez mil machacantes por ese trabajo.

—¿Dónde vive Villegas?

—Ya te lo he dicho: el viejo te guiará. Pero te anticipo que es una fortaleza.

—¿Por qué quiere matarle Torres?

—Ese no es asunto tuyo ni mío. Supongo que por rivalidades en los negocios. Pero te tranquilizará saber que matar a Villegas no es ninguna labor repulsiva. Es, al contrario, un servicio a la Humanidad.

—No te preocupes; no tienes que dorarme la píldora. Soy un asesino profesional. ¿Crees que un asesino profesional tiene escrúpulos?

—Me han dicho que tú los has tenido a veces. Pues bien, estáte tranquilo. Villegas es un cerdo.

Rudy abrió los ojos.

Le hizo daño aquel cartel odioso: «Ahora ya tiene tierra.» Lo

envió lejos de un puntapié.

Y siguió avanzando en silencio.

Sí. Villegas era un maldito cerdo.

Pero la muchacha le había dicho algo más. Seguía recordando sus palabras como si las oyese otra vez ahora:

—Tu misión no sólo consistirá en matar a Villegas

—¿No?

—Cuando entres en su refugio habrás hecho lo más difícil. La muerte de Villegas originará tal caos que no te costará liberar a uno de sus prisioneros. Lo tiene encerrado en los sótanos. Es un hombre llamado Charlie

—Charlie... Lo recordaré.

—Tienes que dejarle en libertad. Charlie es un auténtico líder de los campesinos pobres. Luego, no deberás preocuparte más de él. Charlie sabe dónde esconderse una vez haya salido de entre rejas.

—Bien.

—Eso es todo, Rudy.

—No, no es todo. ¿Cuándo cobraré?

—Toma mil ahora. Los otros nueve mil te los entregaremos aquí mismo. Al viejo con el que pases la frontera lo encontrarás en el mismo sitio en que la hayáis cruzado. El se encargará de que no tengas tropiezos hasta llegar de nuevo a esta casa.

—De acuerdo.

—Pero tus mil dólares no lo son todo, muchacho. Me tienes aquí. Si quieres cobrar algo más...

Rudy había recordado con dolorosa intensidad, como si la estuviese viendo en aquel mismo momento, a Lena muerta.

—Gracias, pequeña —había dicho—. Lo dejaremos para el siglo que viene.

Oyó de nuevo, la voz despechada de la otra:

—Las mujeres como yo no se encuentran cada siglo, muchacho. Tendrás que esperar un par de ellos, y entonces me temo que ya no servirás para gran cosa.

Rudy volvió a cerrar los ojos otra vez. ¿Por qué había rechazado a una mujer como aquélla, quizá la más hermosa que había encontrado en su vida? ¿Por qué, si sabía que quizá pocas horas después estaría muerto?

¡Al diablo!

Trató de alejar todos aquellos pensamientos que le atormentaban. En lo único que tenía que pensar ahora era en matar a Villegas y en liberar a Charlie. Y ya era suficiente.

Se dio cuenta de que todo el edificio estaba rodeado por una alta muralla.

Lo primero que tenía que hacer era franquearla. Previendo lo que iba a suceder, el viejo le había dado los garfios y la cuerda.

Rudy la preparó en silencio.

Respiró pausadamente mientras flexionaba el brazo un par de veces. Y, con un movimiento firme, la lanzó.

Los garfios se clavaron entre las piedras.

Y no produjeron más que un leve «tlic».

Rudy se aseguró de que la cuerda estaba bien firme y empezó a trepar por ella. La oscuridad era casi absoluta y le rodeaba el silencio. Su ascensión fue lenta, pesada, porque algunas piedras corrían peligro de desprenderse y él no quería hacer ningún ruido.

Pero cuando estaba a punto de llegar arriba se encontró con una violenta sorpresa.

Uno de los centinelas debía haber notado algo extraño. Había llegado hasta allí y acababa de tropezar con el garfio.

Miró hacia abajo.

Y vio confusamente a Rudy, que subía y que se hallaba ya apenas a cinco metros de distancia.

Fue a lanzar un grito y a disparar su rifle, pero ya no llegó a tiempo.

Aquella especie de lengua de acero había brotado de las sombras. Fue un lanzamiento magistral, perfecto de uno de los cuchillos que Rudy llevaba colgados del pecho. El centinela lo recibió en el centro del corazón y lanzó apenas un leve gruñido.

Con las manos crispadas cayó muralla abajo.

Rudy le vio pasar junto a él.

El centinela iba vestido como un bandolero de la frontera, con dos cintos canana cruzados sobre el pecho. Llevaba un ancho sombrero mexicano y dos revólveres además del rifle. Con toda aquella impedimenta, produjo al caer a tierra un pesado «tloc».

Rudy se apresuró a llegar hasta lo alto de la muralla, aun a riesgo de hacer algún ruido.

Un centinela había escuchado aquel sonido extraño. Se le oyó

gritar:

—¡Eh, Ramírez!

El llamado Ramírez llegó.

—¿Qué pasa?

—Me ha parecido oír caer a alguien.

—¿En qué sector?

—En el de Sierra...

—Pues vamos a ver qué pasa. Sierra bebe como un condenado. Puede haberse ido muralla abajo.

Los dos hombres avanzaron con los rifles dispuestos.

Rudy contuvo la respiración. Sabía que iban a descubrirle. Le verían en cuanto avanzaran media docena de pasos más.

Preparó dos nuevos cuchillos.

Tenía que lanzar los dos casi simultáneamente, ya que de lo contrario al menos uno de los centinelas tendría tiempo de hacer un disparo.

Disparó primero el de la derecha. E inmediatamente voló el de la izquierda.

¡Saaagg! ¡Saaagg!

Las dos hojas de acero cortaron el aire. Los dos hombres las recibieron casi simultáneamente y también en el centro de sus corazones. Ninguno de ellos tuvo tiempo de disparar. Lo único que hicieron fue gruñir sordamente, como había gruñido Sierra. Uno de ellos cayó muralla abajo y también produjo un sordo «tloc». El otro quedó cruzado sobre las piedras en un difícil, equilibrio.

Rudy tuvo que hacerle caer con el pie.

No le convenía que alguien le descubriese.

Tenía parcialmente despejado el camino, pero el trabajo no había hecho más que empezar. Era de suponer que Villegas estaría bien custodiado. Y para matarlo tenía que llegar al corazón de la fortaleza.

Saltó desde la muralla al patio interior.

Casi cincuenta hombres vivaqueaban allí, repartidos entre el patio y unos pabellones semirruinosos. Había unas cuantas fogatas encendidas. Los soldados, si es que podía llamárseles así, preparaban café y charlaban mientras bebían. Había algunas guitarras, pero permanecían silenciosas.

Rudy examinó entre las sombras a todos aquellos tipos.

Unos le parecieron desertores del ejército, y otros vulgares bandoleros. También debía haber entre ellos algunos campesinos que aceptaban servir al cacique, es decir, al enemigo de su pueblo, con tal de no morirse de hambre.

Resultaba imposible llegar al núcleo de la fortaleza sin pasar por entre ellos. Prácticamente lo llenaban todo. Las únicas posibilidades de Rudy estaban en moverse con tal naturalidad que pasara desapercibido.

Pero exhibiendo todos aquellos cuchillos era imposible.

Necesitaba cubrirse con un sarape o al menos con una manta.

Miró en torno suyo y vio que lo que necesitaba estaba allí, a poca distancia. Una magnífica manta que le cubriría hasta los pies, haciéndole pasar por uno de los hombres de Villegas. Lo malo era que debajo de la manta había un tío de al menos cien kilos de peso.

El gigantón se disponía a dormir abrazado a una botella de tequila. Estaba en un lugar solitario, y por eso Rudy le había elegido a él. Cuando vio avanzar a Rudy se puso en pie de un salto mientras barbotaba:

—¿Pero qué es esto? ¿Una cuchillería ambulante?

Y llevó la derecha al revólver.

Rudy disparó sus dos puños a la vez.

Fueron dos impactos fulminantes.

El gigantón cavó de costado, con los ojos en blanco, y, al desplomarse, se dio de cabeza contra la base de la muralla. Un espeso chorro de sangre partió de su frente. Rudy calculó que aquel tipo estaría sin sentido al menos media hora. Tiempo más que suficiente.

Porque en la próxima media hora o él habría realizado su misión o estaría ya muerto.

Se envolvió en la manta y avanzó poco a poco por entre los grupos de mexicanos semidormidos.

Pese a toda la experiencia de Rudy, los nervios le pinchaban a causa de la dramática tensión a que estaban sometidos.

Si ahora alguien le descubría, estaba listo.

No sólo le matarían. Le lincharían y lo convertirían materialmente en picadillo. Ni siquiera habría tiempo para que Villegas le hiciera semienterrar, igual que a aquel pobre campesino. No tendrían tiempo de «darle un pedazo de tierra».

Pero se movía con tal naturalidad que no llamó la atención de nadie. Además los hombres de Villegas no debían conocerse unos a otros, y por eso pudo llegar sin incidentes hasta una de las puertas del cuerpo interior de la fortaleza.

Allí había un centinela.

Le encañonó con su rifle.

—¡Tú, atrás!

Rudy había trabajado tanto tiempo al otro lado de la frontera que hablaba el español como los propios mexicanos. Fue eso lo que le salvó de momento.

—Traigo un recado para Villegas —dijo.

—Querrás decir el coronel Villegas.

—Muy bien, pues el coronel Villegas —dijo Rudy, mientras pensaba en lo mucho que les gustaban los grados militares a todos aquellos caciques de pacotilla.

—Dime lo que sea a mí. Tú tienes que quedarte en la puerta.

—En la puerta «te quedarás» tú, amigo —silabeó Rudy.

Y aquella lengua de acero surgió de debajo de la manta.

Fue también algo instantáneo.

Ningún ojo humano hubiera podido seguir la rapidez de aquel movimiento.

El centinela se encogió también, alcanzado como los otros en el centro del corazón.

Fue a apoyarse en la puerta, en un desesperado intento por mantenerse en pie, con lo cual, sin saberlo, favoreció a Rudy. Pues el centinela estaba en un sitio visible y hubiera llamado la atención caso de desplomarse fulminantemente.

El mismo Rudy le ayudó a sostenerse, mientras retorcía el cuchillo.

Lo empujó hacia el interior de la fortaleza. Cualquiera que hubiese visto aquello sin estar demasiado atento, habría tenido la sensación de que los dos entraban medio abrazados y charlando amigablemente. Pero una vez en el interior, el cadáver fue lanzado hacia uno de los rincones, quedando prácticamente oculto debajo de una mesa.

Ahora Rudy ya estaba en el corazón de la fortaleza. Villegas se encontraba prácticamente al alcance de sus manos, o mejor de sus cuchillos. Pero como no tenía ningún plano de aquel maldito lugar,

no sabía lo que iba a hallar diez pasos más adelante.

Por el momento se encontraba en un largo pasillo.

Avanzó por él.

La luz de un par de faroles, tras un recodo, le indicó que estaba llegando a una sala que debía ser el cuerpo de guardia. En efecto, irrumpió en ella de pronto. Tres hombres vestidos como los demás jugaban a los dados sobre una mesa.

En el primer instante no le vieron.

Uno de los jugadores estaba maldiciendo.

—¡Condenación! ¡Hace media hora que no saco más que el doble uno!

—Pues ahora acaba de llegar el doble seis, amigo —masculló Rudy.

Y disparó otro de sus cuchillos.

Ahora se había desprendido de la manta porque ya no hacía falta disimular. Al contrario, necesitaba la máxima libertad de movimientos.

El del doble uno se llevó el tanto.

Hizo un gesto de horror, desencajando los ojos, al sentir el cuchillo clavado hasta el fondo de su garganta. Los otros dos se pusieron instantáneamente en pie mientras echaban mano a sus revólveres.

Rudy disparó un nuevo cuchillo, que se hundió en el corazón del enemigo que estaba más cerca. Pero con el próximo ya no tuvo tiempo de hacer otro lanzamiento. Tuvo que abalanzarse sobre él, sujetando el «Colt» en el momento en que su enemigo iba a apretar el gatillo.

Consiguió desviar el cañón, pero no pudo evitar el disparo.

Fue como si la detonación conmoviera hasta los cimientos de la fortaleza.

Al menos ésa fue la sensación que tuvo Rudy. Pero era una sensación falsa, porque desde el exterior el disparo ni siquiera se había oído.

Pero sí desde el interior. Al fondo de otro pasillo que empezaba justamente en aquella sala, sonaron gritos.

Rudy desenfundó un revólver. Pegado a la pared, disparó rabiosamente contra las dos figuras que se acercaban.

Las dos saltaron una en cada dirección. Rudy no perdió ni un

instante. Sabía que ahora cada segundo contaba.

Llegó a una segunda sala.

Otro pistolero saltó hacia él.

Este empuñaba un largo machete con el que fue a segarle la cabeza de un solo tajo. Se movió con tal rapidez que Rudy apenas lo vio. Lo único que pudo hacer fue echar la cabeza hacia atrás, guiándose por el instinto que había adquirido en tantos de sus combates.

La hoja de acero le produjo una siniestra caricia en el cuello.

La sangre saltó.

Rudy levantó vertiginosamente el pie izquierdo y lo clavó en el bajo vientre de su enemigo. El dolor fue tan terrible que el machetero soltó su arma.

Pero no estaba vencido por eso. Apoyándose en la pared, trató de llevar la derecha al revólver.

Rudy fue más rápido.

Le clavó dos balas en la cabeza antes de que el otro pudiera alzar el «Colt». Las balas le dejaron materialmente empotrado en la pared.

Rudy adivinó que había llegado al final de su trayecto.

Bueno, al menos al final de «uno» de sus proyectos.

Aquél tenía que ser el sitio donde vivía Villegas.

Sólo había una puerta ante él, de modo que no podía elegir. La abrió e inmediatamente se echó a un lado.

Fue eso lo que le salvó la piel.

Desde dentro le habían hecho una terrible descarga con una escopeta cargada con postas. Una nube de metralla pasó ante él por el sitio en que un segundo antes había estado su cuerpo. Si no llega a moverse con tanta rapidez, habría quedado desintegrado en el aire.

Rudy hizo fuego hacia el interior.

Vio que la habitación era lujosa. Y vio dos sombras moverse en ella.

Una correspondía a una muchacha que trataba de huir y de protegerse en cualquier sitio. La otra correspondía a un tipo barrigudo, de enormes bigotes, que intentaba protegerse tras ella.

Las escopetas cargadas con postas eran de efectos contundentes y mortíferos, pero tenían un grave defecto: una vez disparadas, ya no había quien tuviera tiempo de volverlas a cargar, Y Villegas —

porque el gordo tenía que ser Villegas— estaba más desarmado que un burro en medio de una dehesa.

Abrazó febrilmente a la chica.

—¡No puedes disparar! —barbotó aterrorizado—, ¡No puedes disparar o la matarás a ella!

Rudy no se dio demasiada prisa.

Apoyado en la jamba de la puerta, balanceó el revólver mientras asomaba a sus labios una sonrisa helada.

—Lo siento por ti, Villegas —dijo—, pero estás tan gordo que tu truco no sirve. Te «sales» por todos lados.

El cacique chilló aterrorizado.

Se daba cuenta de lo que iba a ocurrir.

Pero la muchacha también temía por sí misma. Gimió:

—¡No tires!

Seguía la sonrisa helada en los labios de Rudy.

Musitó:

—No temas, muñeca. Sólo voy a devolverte a este hombre un poco de la tierra que regala.

Y disparó hasta que el percutor del revólver golpeó en el vacío. Hasta que hubo vaciado todo el contenido del «Colt» en la cabeza de Villegas.

CAPITULO V

Había sido lo más fácil de todo su siniestro trabajo.

El cacique Villegas ya no era más que un bulto informe en el centro de la habitación, la única bien amueblada de la fortaleza. La muchacha le miraba con una violenta expresión de asco y al mismo tiempo de terror como si pensara que aún podía volver a atacarla.

Pero Rudy no tuvo demasiada piedad con ella.

Tenía que ser una condenada zorra desde el momento en que se había liado con un tipejo como Villegas.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Divirtiéndote?

Elia se llevó las manos a la cara.

Durante unos instantes se produjo en la habitación un intenso, un patético, un angustioso silencio.

—No lo puedes comprender —susurró la muchacha como si rezase—. El me dijo que si accedía a todo, perdonaría a mi padre.

Rudy tragó saliva violentamente.

—¿Qué le pasaba a tu padre? ¿Por qué era enemigo de Villegas?

La muchacha apenas entreabrió los labios para susurrar:

—Pedía un poco de tierra.

No dijo nada más, pero fue bastante. Las mandíbulas de Rudy se contrajeron en una especie de espasmo. Recordó bruscamente, como una llamarada, al campesino que había visto enterrado hasta el cuello cerca de la fortaleza. Y recordó el repulsivo letrero: «Ahora ya tiene tierra.»

Su voz fue lenta y opaca al decir;

—Sí, muñeca, es posible que tu padre haya sido perdonado. Pero ahora lo que debes hacer es salvarte tú.

Escóndete hasta que todo eso haya terminado. Yo todavía no he terminado mi trabajo.

Era verdad. Le quedaba lo más importante y había estado a punto de olvidarlo. Nadie le pagaría los nueve mil machacantes que le quedaban por cobrar si no liberaba a Charlie. Hasta ahora no había hecho más que la mitad de su trabajo.

Dio media vuelta y se alejó.

No podía preocuparse más de la muchacha. Era de suponer que ella ya encontraría el modo de escabullirse entre el lío que se iba a

organizar. Porque la «fiesta mayor» que iban a tener en la fortaleza sería de las que hacen época.

Deshizo el camino que le había llevado hasta allí, pasando por encima de los cadáveres. No olvidó recargar su «Colt» ni apoderarse del machete que poco antes había estado a punto de segarle el cuello.

No sabía dónde estaban las mazmorras, pero era de suponer que se encontrarían en los sótanos. Encontró unas escaleras de piedra, gastadas por los años y por la humedad y descendió por ellas.

Mientras tanto el caos había empezado a reinar en la fortaleza.

Si bien los anteriores disparos de revólver no fueron oídos por nadie, el trabucazo de Villegas había puesto en pie a todos los que acampaban en el patio. Docenas de hombres armados se dirigían hacia allí.

Rudy comprendió que perderían un tiempo precioso examinando el cadáver del cacique, sin pensar que su matador aún estaba en el edificio. Por eso, descendió con toda rapidez por las escaleras, decidido a aprovechar febrilmente cada minuto. No tardó en encontrarse en una especie de cuerpo de guardia muy parecido al anterior. Los tres centinelas, quizá por estar metidos en las profundidades del edificio, no se habían enterado de nada. Y éstos no jugaban a los dados, pero se estaban partiendo la cara a causa de una jugada de naipes.

—¡Tú llevabas una carta falsa!

—¡Podéis contar la baraja! ¡Todas están aquí!

—¡Claro que vamos a contarla! ¡Seguro que sobra un as!

Los que disputaban ya habían llegado a las manos.

Rudy interrumpió la «pacífica conversación». Volcó de un puntapié la mesa y se enfrentó a sus tres nuevos enemigos.

Uno de éstos logró sacar el revólver

Fue el primero en morir.

Rudy descargó el machete sobre su cuello, dejándolo como clavado en la pared. Inmediatamente tuvo que girar el arma para hundirla en el corazón del segundo de sus enemigos. El tercero había sacado el revólver, pero antes de poder apretar el gatillo se encontró ya en el cuello la punta del machete tinto en sangre.

Rudy no apretó.

Había visto una puerta de hierro y daba por descontado que

detrás tenía que estar la celda donde se encontraba Charlie.

—Vas a abrir inmediatamente, muchacho. Procura no equivocarte de llave, porque no estoy dispuesto a perder ni un segundo. Si te equivocas, será el último error de tu vida.

El guardián temblaba de tal modo que su manojo de llaves sonaba como una docena de campanillas.

—Creo que es... ésta.

—Pues prueba. Pero no te daré tiempo para probar con otra.

El guardián no se arriesgó.

La llave elegida abrió perfectamente la puerta. Detrás de ésta existía una especie de celda de pequeñas dimensiones, cuya única ventana daba a un maloliente patio interior de la fortaleza. Un hombre estaba en aquella celda. Era alto, rubio, de ojos azules y tan helados, que, el verlos, causaban una especie de angustia física. No eran los ojos de un hombre, sino los de una bestia. Claro que el propio Rudy había tenido muchas ocasiones unos ojos así, y él lo sabía. Al fin y al cabo no negaba en ninguna parte que era un sucio asesino profesional. Pero otras veces sus ojos eran cálidos y tenían una chispita de humanidad. ¿La tendrían alguna vez los ojos del gigante rubio? Eso era algo que Rudy no podía averiguar ahora. Tampoco le importaba, la verdad. A él le habían contratado para que realizara un trabajo y lo demás se podía ir al diablo.

—Tú debes ser Charlie —musitó.

—El mismo. Pero no saldremos nunca de aquí mientras esté vivo Villegas.

—No te preocupes; Villegas está muerto.

Un siniestro fulgor iluminó los ojos de Charlie.

Con voz ronca preguntó:

—¿Quién te ha enviado aquí?

—Un hombre llamado Torres. Mejor dicho, la querida de un hombre llamado Torres.

—Entonces tienes suerte, porque yo a la querida no la he visto nunca. Y ahora salgamos de aquí. Conozco bastante bien esta cochina fortaleza.

—¿Llevas mucho tiempo en ella?

—Sólo cinco días, pero me han metido en tantos sitios diferentes que me la sé de memoria. ¿Siguen estando los hombres acuartelados en el patio?

—Sí, y son al menos cincuenta.

—Entonces sólo hay un sitio por donde podemos ir.

Salió y señaló una especie de tubo de respiración que se abría en el techo de piedra. Aquello debía llevar a la planta baja de la fortaleza, pero no al patio, sino en algún sitio más alejado. Rudy comprendió que tendrían que trepar por allí a base de piernas y de codos, en un ejercicio extenuante.

—Es el único camino —dijo Charlie—. Por cualquier otro lugar nos rodearían. Ven, yo te ayudaré.

Se apoderó del revólver de uno de los muertos y lo metió entre su camisa y el pantalón, uniendo ambas manos para formar un peldaño en el que Rudy pudiera poner el pie. Esto permitió al joven tomar impulso, saltar y llegar hasta la claraboya.

Inmediatamente, Charlie dijo al guardián que quedaba vivo:

—Ahora ayúdame tú a mí.

El interpelado obedeció, colocando las manos también en forma de peldaño para que Charlie pudiera saltar. El gigantón rubio llegó fácilmente al respiradero, por el que ya estaba trepando Rudy. Pero no bien se había afianzado en él cuando extrajo el revólver y disparó fríamente contra el hombre que le había ayudado.

Este cayó con la cabeza reventada.

Las detonaciones repercutieron sonora y siniestramente en el tubo donde estaban metidos los dos. Pero no fue el sonido físico lo que alteró los nervios de Rudy como si hubieran disparado un cañonazo contra su cabeza. Fue una especie de sonido moral. Fue como si los dos estampidos repercutieran directamente sobre su conciencia.

—¿Pero por qué infiernos has hecho eso? ¿Qué necesidad había?

—¿Y qué querías? ¿Que pudiera decir dónde estábamos y nos acorralaran dentro de este tubo? ¿Crees que hubiéramos podido escapar?

En una misión tan desesperada como aquélla o se actuaba sin escrúpulos o se podían contar entre los muertos.

Cualquier otra persona se habría encallado en aquel respirador de los mil diablos, tan largo y tan resbaladizo que uno parecía bailar sobre una viga embadurnada con jabón. Pero los dos eran ágiles y fuertes y consiguieron llegar hasta la salida, no sin dejarse en el camino la ropa y la piel de sus rodillas y de sus codos.

Cuando Rudy pudo ver la luz de las estrellas, balbuceó:

—Creo que ya estamos.

—Pues ten mucho cuidado al salir. Este respiradero termina a media altura de la muralla.

Rudy sacó la cabeza, calculó la altura y saltó. Un momento después le seguía Charlie. Los dos se habían encontrado fuera de la fortaleza mientras en ésta aún reinaba un indescriptible caos. Sonaban disparos por todas partes. Por los gritos que se oían tras la muralla, cualquiera hubiese pensado que se estaba librando allí un combate entre dos ejércitos.

Pero esto favorecía a los fugitivos.

Rudy murmuró:

—Ya he terminado mi trabajo. Lárgate.

El otro se limitó a hacer un gesto.

Un minuto después las sombras se lo habían tragado. Rudy no supo si acababa de hacer un bien o un mal. Si estaba contribuyendo a la libertad de aquella parte de México o, por el contrario, a que otros míseros campesinos fueran «obsequiados» con unos palmos de tierra.

Pero a él le quedaba por cobrar nueve mil dólares.

Eso era lo único que importaba, ¿no?

¡Pues entonces!...

CAPITULO VI

Otra vez el césped bien cuidado y otra vez aquella agradable sensación de frescor en la tierra castigada y ardiente. Otra vez la elegante casa donde se reunían lo más rico y lo más vicioso de Arizona. Otra vez la mirilla y el negro que asomaba la cabeza tras ella.

Pero esta vez el tipo estaba la mar de obsequioso.

Sin duda aún se acordaba de los guantazos que le dejaron K.O. la vez anterior.

—¡Oh, pero si es el señor Rudy! ¡Pase, pase, señor Rudy! ¡a sus órdenes, señor Rudy! ¡Pues no faltaba más, señor Rudy!

El señor Rudy pasó.

Y sintió unas ganas tremendas de dar otra serie de guantazos al señor negro. Pero el señor Rudy se aguantó y siguió adelante.

Otra vez la elegante escalera.

Otra vez la sensación de que la vida volvía a empezar, de que en el fondo la vida se repite siempre.

Esa noche debía de haber mucha gente en la sala de juego, porque se oían los rumores, con más insistencia que la primera vez. En cambio estaban cerrados los dormitorios correspondientes a las chicas. La única que Se abrió fue la de la habitación donde hubiera debido recibirlo Torres.

Tampoco él estaba.

Como la primera vez, la que le recibió fue la muchacha opulenta de la falda cortita y de los labios intensamente rojos.

Rudy pensó: «Es una lástima que no sepa ni su nombre.»

Ella pareció haber adivinado sus pensamientos cuando dijo suavemente:

—Es una lástima que no sepas ni mi nombre. Pues bien, me llamo Sally.

—Mucho gusto en conocerte, Sally.

—¿A qué viene esa broma, Rudy?

—Es que se me está ocurriendo que soy un idiota. Se me está ocurriendo que podría conocerte muchísimo mejor.

—¿Ahora te das cuenta de que te gusto un poco?

—Un poco ya me gustabas antes. Ahora me gustas mucho.

Ella no se movió. Parecía esperar que Rudy tomara la iniciativa. Que la abrazara, que besase. Que hiciese con ella lo que cualquier hombre hubiera deseado hacer.

Pero en los ojos de Rudy aún palpitaba aquella especie de vacío sin fondo.

Y aquel vacío lo seguía llenando Lena, atada a un tronco, muerta y con las manos rotas a culatazos.

Por eso no deseaba ninguna otra mujer.

Aunque aquella mujer le hiciera hervir la sangre tan rabiosamente como Sally.

Ella pareció impacientarse.

Su voz fue un poco espesa cuando dijo;

—Si te gustara tanto, ya estarías conmigo. ¿A qué esperas?

—Es posible que mi actitud te sorprenda, pero la verdad es que me gustas mucho. Bastante más que la primera vez, porque entonces sólo significabas para mí mil dólares mientras que ahora representas nueve mil a toca teja.

Los labios de la mujer se fruncieron en un gesto de desprecio.

Quizá nunca la habían ofendido de aquel modo, por el simple hecho de ignorarla.

Pero trató de sonreír y se levantó pausadamente mientras se acercaba a Rudy.

—Está bien..., muchacho. Yo creí que tú y yo nos habíamos ganado al menos un beso.

Y le echó los brazos al cuello.

Sus labios turgentes y sedosos estaban muy cerca.

Como una tentación.

Muy cerca...

Pero más cerca aún estaba el revólver, aquel revólver que acababa de clavarse en la espalda de Rudy.

El muy condenado se le clavaba en los riñones como si quisiera salirle por la hebilla del cinturón. Y una cosa era segura; que la bala sí que le saldría...

* * *

Rudy ni siquiera parpadeó:

No sabía bien por qué, pero había esperado algo semejante. Era otro de los inconvenientes de su cochino oficio: a veces trataban de

pagarle no con oro, sino con plomo.

Ella soltó los brazos poco a poco.

Sus carantoñas, la exhibición de sus curvas opulentas, la sonrisa de sus labios, todo aquello había cesado.

Ahora su mirada era tan helada como la de Charlie o como la que un día tuvo el propio Villegas.

Una mano pasó por delante de la cintura de Rudy

Y le arrebató el revólver, lanzándolo sobre el diván.

Rudy estaba como petrificado.

Normalmente no lo hubiera estado en unas circunstancias así, sabiendo que se jugaba la vida.

Pero es que se había dado cuenta de un detalle: la mano que acababa de arrebatarle el revólver era también una mano de mujer.

* * *

Sally musitó:

—Ya puedes disparar, Loli.

Loli no era diminutivo de un nombre anglosajón, sino diminutivo de un nombre mexicano. Esa fue una observación que hizo maquinalmente Rudy, aunque sabía que de bien poco le iba a servir. El caso era que estaba metido en un lío mortal entre dos mujeres... y un revólver.

Su gesto fue instantáneo.

Ninguna de las dos esperaba algo tan veloz, tan repentino, casi tan brutal.

Restalló el disparo.

Pero en el sitio por donde pasó la bala ya no estaba el cuerpo de Rudy. Al contrario, Sally, que se encontraba delante, estuvo a punto de ser alcanzada por el plomo.

Lanzó un gritito de miedo y se dejó caer sobre el diván, con sus hermosas piernas al aire, muy al aire.

Mientras tanto, Rudy ya había dado media vuelta.

En su violenta flexión de cintura había recogido uno de los muchos almohadones que tapizaban el suelo. Y ese almohadón sirvió para desviar la segunda bala, dando en el cañón del revólver cuando el gatillo era apretado de nuevo.

La chica lanzó también un gritito.

Ya no pudo volver a disparar.

Un manotazo de Rudy había enviado el revólver contra la puerta.

Las dos mujeres, aterradas, se llevaron las manos a la boca en un gesto que parecía calcado la una de la otra.

Rudy había recuperado su «Colt».

Las dos pensaron que dispararía. Al fin y al cabo era una bala de nueve mi! dólares,

Pero Rudy dijo con voz lenta, mientras una sonrisa burlona flotaba en sus labios:

—¿Y ese beso qué, nena? ¿Vamos a dejarlo para la semana que viene?

* * *

Ahora eran dos mujeres las que estaban junto a él, y no una. Rudy no sabía si había salido ganando o perdiendo, porque en cuestión de mujeres uno no puede asegurar nunca nada. Pero lo que sí se podía garantizar era que Loli resultaba al menos tan apetitosa como Sally,

En otro estilo, claro.

Las dos tuvieron el máximo interés en besarle, quizá por aquello de que convenía estar a buenas con él.

La primera fue Sally.

Sabía besar bien la condenada.

La segunda fue Loli.

Sabía besar mejor, la requetecondenada.

Rudy, que las sujetaba a ambas por la cintura, pensaba que aquello podía haber durado dos años, Muchos hubieran pagado un montón de plata por tenerlo al menos durante unos minutos. Pero Rudy sabía que se movía en un terreno resbaladizo, y además, si las había besado, era para asegurarse con cierta delicadeza de que no llevaban más armas.

Luego, les dio a las dos a la vez un suave empujón.

Pero que resultó lo bastante fuerte para enviarlas sobre el diván y también con las piernas al aire.

Sally musitó:

—¿Te gustamos así?

—Quiero saber a qué viene todo esto.

Fue Loli la que respondió:

—Pensábamos ahorrarnos nueve mil dólares.

—¿Quitándome de enmedio?

—No hay hombre que valga tantos billetes. Bueno... Eso

pensábamos hasta ahora…

—Tenéis razón; ningún hombre los vale, lo cual no impide que yo quiera cobrarlos. ¿Pero qué dice Torres de todo esto?

—Torres ni se hubiera enterado —dijo Sally—. Ha dejado el asunto en mis manos.

—Dirás mejor en tus piernas. Son las que hacen que los hombres no sepan el terreno que pisan.

Loli se acercó temblorosamente a una caja de tabaco que había sobre una mesita y alzó su tapa. Rudy estaba atento por si intentaba sacar una nueva arma, pero no se trataba de eso. En las manos de la muchacha apareció un hermoso fajo de verdes billetes del Tío Sam.

—Nunca hubiera sospechado que los guardarais aquí —dijo Rudy—. ¿Están los nueve mil exactos?

—Cuéntalos.

El se limitó a guardarlos en uno de sus bolsillos y retrocedió hasta la puerta, abriéndola en silencio.

—Adiós, muñecas —dijo—; espero que no nos volvamos a ver nunca más.

Y salió.

No verlas nunca más… Al menos tenía ese propósito.

Pero como siempre ocurre con los propósitos de los hombres cuando piensan en mujeres, se equivocaba.

CAPITULO VII

Había dormido en un hotel de la localidad, y tuvo un despertar que muchos hubieran envidiado. Pero a él maldita la gracia que le hizo. Cuando oyó aquel leve roce en la habitación, pensó que alguien venía a ajustarle las cuentas.

Loli dijo suavemente:

—Creí que estabas despierto. Ya son las nueve.

Y con una agilidad felina, se colocó casi entre las ropas, a su lado.

Rudy se limitó a decir:

—Con eso sólo conseguirás que me vuelva a quedar dormido, nena.

—¿Sabes que estás muy despreciativo?

—Tengo rachas.

—Pues has de saber que Torres nos paga muy bien para que le hagamos de secretarias.

—¿A las dos?

—Por lo menos.

—Un gran tipo, ese Torres.

—No lo sabes tú bien.

—¿Y a qué has venido tú ahora, nena, si puede saberse? ¿Quieres preguntarme si yo te pago más que Torres?

—Tú no eres de ésos. Tú puedes tenerlo todo gratis.

—No te fíes. Hoy día las mujeres se las saben todas

—Quisiera hablarte, Rudy.

—¿De qué?

—De un negocio.

—No me digas...

—Esta vez va a ser todo muy serio, Rudy. Pago por adelantado.

—Antes quisiera hacerte una pregunta: ¿Cómo es que anoche no entró nadie en la habitación, a pesar de oírse los disparos?

—Porque creían que las balas iban destinadas a ti. Todo el mundo dio por descontado que aquellas balas significaban que tú estabas muerto.

—Sí, ya noté que el negro de la puerta por poco se desmaya’ al verme salir, incluso se le olvidó llamarme «señor».

—Ahora será distinto, Rudy.

—¿Qué será distinto?

—Todo.

—Concreta un poco más, ¿quieres?

Ella bisbiseó:

—Quince mil pavos.

—¿Quince…?

—Y al contado, ya te lo he dicho.

—¿Pago por adelantado?

—Por adelantado. Ahora ya sabemos qué clase de tío eres.

—Supongo que no me vais a pedir que mate al propio Torres.

—No. El está demasiado alto para eso.

—¿Pues entonces, qué…?

—Es una cosa relacionada con el trabajo que acabas de hacer.

—¿Con la muerte de Villegas?

—Sí.

—¿De qué se trata exactamente?

—Verás —dijo—, Villegas era un tío forrado de plata.

—Lo imagino.

—Ahora, el pobre, no la necesita.

—¡Qué casualidad! Eso sí que no lo había imaginado.

—Las fincas de que se había apoderado no podrán venderse porque eran usurpadas, y al morir Villegas, otros se apoderarán de ellas. Pero el dinero en metálico que tenía en los Bancos sí que se transmitirá a sus herederos. Parece que Villegas había tenido una auténtica fortuna en oro y que ahora estaba algo bajo de fondos, pero aun así sus reservas no bajarán de los cincuenta o sesenta mil dólares.

—Es un buen pellizco.

—Su única heredera es una hermana. Se llama Laura.

—¿Gordinflona y asquerosa como Villegas?

—Oh, no… Creo que es todo un monumento… Veinte años más joven que él. Además, parece que nada ha tenido que ver con la vida anterior de su hermano. Más bien le recriminaba el que siempre estuviera haciendo revolucioncitas en provecho propio. Laura Villegas es lo que se dice una honrada y pacífica señorita de provincias.

—De las que a ti no te gustan.

—¡Uf! A mí me dan asco. Las señoritas de provincias sólo sirven para estropear a los hombres. En cambio, las chicas como yo los aprovechamos.

Y otra vez se buscó una carrera, pensando que Rudy se lanzaría al asalto. Pero el pistolero se mantuvo tan impasible como antes, aunque por dentro su sangre hirviera.

—Continúa —dijo—. Quedamos en que Laura Villegas es una señorita de provincias.

—Vive en una pequeña ciudad a la que también serás convenientemente guiado. Es de suponer que los seguidores de Villegas, entre los que figuran bastantes pistoleros de la frontera, tratarán de que no cobre la herencia. ¿Preguntas por qué? Pues porque aunque esa fortuna va la tenía Villegas antes de emprender sus correrías, ellos consideran que es producto de sus robos y que les pertenece. Por tanto, resulta más que posible que maten a Laura antes de que la cobre. Así eliminarán el principal obstáculo que tienen para quedarse con ella.

—¿Y tratáis de que yo la proteja?

—*Sí.*

Rudy rió silenciosamente.

—Siempre me han contratado para que mate —dijo—. Es la primera vez que me contratan para no matar.

Ahora, la que rió silenciosamente fue ella, pero con una expresión turbia.

—¿De veras crees que no vas a tener que apretar el gatillo, muchacho?

—Prefiero no contestar.

—Defender a esa mujer será peor que defender a tiros un barril de dinamita.

—¿Y qué interés tiene Torres en que yo haga ese trabajo? ¿Qué le importa a él que Laura Villegas la diñe o no?

—Claro que le importa. Una vez Laura esté segura, los cincuenta mil dólares terminarán siendo suyos.

—¿Piensa matarla?

—No lo sé. Torres no nos explica todos sus planes, como es natural. Es muy posible que baste con amenazarla. Y tu trabajo consistiría simplemente en hacer que esa mujer cobrara. Por ello, tú recibirás quince mil pavos.

—Y de paso eliminaría a los hombres más peligrosos de Villegas, los mismos que un día podrían desear vengarle y, por tanto, se acordarían de su «buen amigo» Torres.

—Veo que lo entiendes todo, muchacho. Todo menos lo que una mujer quiere a ratos.

—Eso también lo entiendo, muñeca.

—¿Qué le digo a Torres?

—¿Cuándo he de dar una respuesta?

—Ahora...

—Habría de pensarlo. Todo depende de lo lejos que esté la ciudad a la que he de ir.

—La ciudad es Nogales.

—Está en la misma frontera...

—Por eso mismo conviene que te decidas ahora. Lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo.

—Está bien. Se lo transmitiré a Torres. Pero deberás ponerte en camino mañana mismo.

—No hay inconveniente..., siempre que haya cobrado primero.

—Naturalmente que sí.

Loli se incorporó y le miró intensamente mientras temblaban sus pulposos labios.

—¿Y a mí? —susurró—. ¿Me tomas o me dejas?

El no contestó.

Sólo movió las manes.

Sólo acercó los labios.

Resulta muy difícil explicarlo.

Pero ella gimió:

—Bestia...

CAPITULO VIII

Otra vez la sensación de soledad y otra vez las rutas ásperas de la frontera porque Rudy no la había cruzado por el mismo Nogales. El era ya demasiado conocido en todos aquellos lugares y necesitaba despistar por si alguien le seguía.

La ciudad era entonces tan violenta como todas las del sudoeste de Estados Unidos. Aunque estuviera al otro lado de la frontera eso poco importaba. No había asesino, fugitivo o pistolero más o menos profesional que no pasase por ella en su viaje de uno a otro país. Y por consiguiente también pasaban los federales. Aquello hervía de representantes de la ley y de hombres que la vulneraban.

Rudy era bien conocido allí.

Pero no había estado en Nogales desde un año antes.

Y a veces ocurren muchas cosas en un año sobre todo en ciudades de tanto movimiento. La gente se olvida de las caras. ¡Son tantos los que mueren y tantos los «vivos» que vienen a sustituirlos!...

Rudy confió en que fuera así. Ojalá pasara desapercibido en aquella ciudad donde sólo esperaba estar el tiempo indispensable.

Le habían dicho al llegar;

—Hay una cantina llamada Caballo Rojo, y en ella, un hombre llamado Evans. El te informará de todo lo que necesites saber.

Rudy sólo necesitaba saber una cosa.

Dónde encontraría a la hermana de Villegas.

Era curioso que tuviera que proteger a la propia hermana del hombre al que había matado.

Pero la vida tiene a veces esas bromas.

Fue al Caballo Rojo.

Era un local de mala muerte donde rasgueaban unas guitarras y donde unas cuantas mexicanas gordas entonaban lánguidas canciones que siempre terminaban hablando de la muerte.

Rudy se acodó en la barra, bebió una botella de cerveza y luego miró al único camarero con aspecto anglosajón que había allí.

—¿Evans? —preguntó.

—Sí, yo soy Evans.

—Yo soy Rudy.

—Me han dicho que vendría.

—Busco a una mujer llamada Laura.

—No está lejos de aquí.

—¿Dónde?

—Hay una casa de juego llamada La Criollita. En este momento es la más importante de Nogales.

—Cuerno…

—Allí la encontrará. Se dice que Laura llegó ayer a Nogales, de modo que no creo que tenga problemas.

—Yo tampoco —dijo suavemente Rudy, mientras acariciaba la culata de su revólver.

Saludó, dejó una buena propina y salió de allí.

Menuda pájara debía estar hecha la tal Laura Villegas.

De modo que la casa de juego más importante de Nogales…

Candorosa como su hermanito, vaya.

Pero si algún ambiente conocía bien Rudy era el de las casas de juego, de modo que encontró en seguida la que buscaba y se acercó a ella con la mayor naturalidad. El local estaba en un gran edificio blanco con la fachada porticada. Entraba y salía gente en abundancia, y en una cantina contigua sonaban los alegres compases de los mariachis.

El joven entró sin dificultad.

A primera vista parecía un cliente más.

Pero él sabía que no lo era.

Y alguien más debía saberlo también, porque…

* * *

Había una gran barra tapizada de rojo al fondo de la primera sala. Y el cuchillo voló hacia la garganta de Rudy cuando éste no había hecho más que acercarse a ella.

Apenas tuvo tiempo de esquivarlo.

Fue una simple cuestión de reflejos, una cuestión de décimas de segundo lo que le salvó.

El individuo que había tratado de acuchillarle iba vestido con una blusa campesina y tenía un aspecto brutal. Rudy lo vio fugazmente mientras saltaba hacia atrás, daba una vuelta de campana y derribaba una mesa. Todo eso necesitó hacer para

esquivar la segunda cuchillada, que había sido tan zigzagueante y rápida como la primera.
El cuchillero saltó hacia él.
Alguien preguntó:
—¿Pero qué cuerno pasa?
Se oyó el grito del cuchillero:
—¡Ese cerdo me ha pisado!...
Rudy sabía que no había pisado a nadie, pero se dio por enterado de lo que aquello significaba: lo estaban aguardando. Y, además, no tuvo tiempo para dar vueltas al asunto, porque su enemigo ya volvía a estar encima.
Giró sobre sí mismo.
El puñal se clavó en las tablas del suelo con un «chaaask» obsesionante.
El cuchillero trató de arrancarlo, pero Rudy no le dejó tiempo. Era su oportunidad. Pudo haberle" dejado seco con un disparo de revólver a través de la-funda, pero ¿qué necesidad había de eso, si él también disponía de un cuchillo?
Lo lanzó con brusco movimiento.
La hoja de acero se clavó tremolante en la garganta del mexicano. Este resbaló hacia atrás, lanzando un gruñido gutural, mientras la sangre manchaba a borbotones la mesa.
Rudy no volvió a mirarle más.
Sabía que aquel asesino a sueldo ya no iba a molestarle.
—¿Qué diablos ha ocurrido? —barbotó otra voz.
Rudy dijo por entre los labios apretados:
—¿No lo ha oído?... Lo pisé..
Y avanzó hacia la barra.
Pero no pudo llegar a ella.
Lo había adivinado, lo había intuido. Sabía que aquel tipo no iba a estar solo esperándole.
Fue eso lo que le salvó, porque, de lo contrario, hubiera entrado de lleno en aquel círculo de plomo. Estaba atento y notó el movimiento arriba, en los palcos. Giró en el instante preciso en que los dos hombres vestidos de oscuro iban a disparar contra él.
Estos no eran mexicanos, sino yanquis. Su aspecto astuto y escurridizo los hacía mucho más peligrosos que el pobre tipo que ya estaba muerto. Pero tampoco acertaron.

Rudy se ganaba la vida jugándose la vida.

Y eso desde los diecisiete años.

Sabía calibrar cada movimiento que se producía en torno suyo, cada mirada y cada gesto. El brusco oscilar de aquellos dos tipos hacia un mismo lado, buscando su espalda, le había puesto en guardia. Giró a tiempo, casi cuando los otros iban a apretar el gatillo.

Tres balas rasgaron el aire. Una de ellas envió por los aires el sombrero de Rudy, pero no le perforó la cabeza. Las otras encontraron en su camino dos estuches de carne.

Los dos pistoleros, que habían fingido jugar mientras vigilaban el local, lanzaron un grito al unísono y cayeron rompiendo la valla. Todo el local se llenó de denuestos y de gritos. Sobre todo las mujeres que pululaban por La Criollita, enronquecieron chillando.

El mismo inocente de antes preguntó:

—¿Pero qué cuerno pasa?...

—¿No lo ve? —masculló Rudy—. Me habían pedido fuego...

* * *

Un hombre grueso avanzaba hacia él.

Era suave, untuoso.

Vestía un chaqué negro y se notaba en él al gerente de un local de altura. Un local por donde circulaban a raudales las botellas, las mujeres y el oro.

Se inclinó ante Rudy.

—Parece que su entrada en nuestro establecimiento no ha sido muy afortunada, señor...

—Me llamo Rudy.

—Bien, señor Rudy... Puedo asegurarle que esos respetables difuntos que ahora yacen por ahí de cualquier manera no formaban parte de nuestro comité de recepción

—Me tranquiliza mucho que sea así. Y no sabe usted cuánto lo celebro. Créame, me había llevado tal disgusto que pensaba no volver.

—Hablo en serio, señor Rudy. Le garantizo que no eran empleados nuestros.

—Ya lo imagino. Unos empleados suyos lo hubieran hecho mejor, amigo. Tal vez lo harán mejor.

—La garantizo, señor Rudy, que entre nosotros no corre ningún

peligro.

—Eso se lo explicaré a mis nietos si es que los conozco. Venga. Necesito hablar con usted.

—Con... con mucho gusto, señor Rudy. Pase.

Le introdujo en un despacho que estaba amueblado al estilo colonial español. En las paredes blancas había espléndidos tapices. Sobre una bandeja de oro macizo destacaban vasos del mismo metal. Todo el ambiente reflejaba una gran riqueza.

El gerente balbució:

—¿Qué desea, señor Rudy?

—Saber a quién pertenece esto.

—Está por decidir.

—¿A quién pertenecía?

—Al señor Villegas, que en paz..., que en paz...

—Sí, que en paz descanse. Bien lo necesita.

—Aseguran que ha muerto...

—¡Si lo sabré yo!

La papada del gerente tembló un momento.

—Señor Rudy, ¿a qué ha venido usted?

—De momento, a enterarme de cuatro cosas, y sólo sé una. De modo que éste era uno de los negocios de Villegas,..

—Exacto, señor, aunque él lo llevaba de una manera indirecta.

—Lo supongo. El montaba revoluciones para adquirir grandes extensiones de tierra y sumar poder político. Aspiraba a reunir las tropas de todos los caciques bajo un solo mando. De ese modo tal vez hubiera llegado a presidente de la República, ¿no?

—El señor Villegas... era muy ambicioso, señor Rudy. Es posible que soñara lo que usted dice.

—Y su hermana Laura ha venido aquí porque al fin y al cabo ésta era una de las posesiones de Villegas, ¿no? Representaba algo así como no moverse de casa.

—En efecto, señor... Algo así.

—¡Menuda pieza!

—¿Por qué dice eso?

—¿Y lo pregunta? Este parece un sitio estupendo para una chica honrada. Hay todo lo que una chica honrada desearía a su lado. Naipes, borrachos, pistoleros, mujerzuelas... Sí, Laura Villegas debe sentirse a gusto. No me extrañaría incluso que tuviera la misma cara

que su benemérito hermanito.

—Pues... pues no sé qué decirle, señor.

—¿Ella también va a tomar posesión de esto?

—No lo creo. Parece que sólo le interesa llevarse el dinero que haya en efectivo y largarse del país.

—¿Este local y las otras cosas para quién quedarán? ¿Quién llegará a ser dueño de los negocios y de las fincas que pertenecían a Villegas?

—No lo sé, señor Rudy. De momento parece que Laura no los apetece. Tampoco sabría llevar esa clase de asuntos. Por cada palmo de terreno y por cada negocio que fue de Villegas habrá una ensalada de tiros. En cambio, el dinero... Bueno, el dinero le permitirá largarse y ser de todas maneras una mujer rica, sin preocupaciones...

—Comprendo.

—¿Quiere conocerla, señor Rudy?

—Sí, pero antes necesito saber otra cosa. Los hombres que he matado eran antiguos asesinos de Villegas, sin duda. Se partirán los dientes disputándose los bienes del viejo cacique, y por tanto, los cincuenta mil también les interesan. En ese caso es elemental matar a Laura. ¿Por qué no lo han hecho ya?

La papada del gerente volvió a temblar otra vez.

Se notaba que era hombre al que le gustaba cualquier cosa menos los revólveres, a pesar de regentar un negocio como aquél, O en todo caso le gustaba que los revólveres se los hicieran trabajar los otros.

—Hice un trato con esos pistoleros, señor Rudy. Les pedí que no la mataran en mi casa. No quiero líos. Laura es una pieza demasiado importante y luego podrían mancharme a mí con su sangre. En cambio, sospechaban que alguien llegaría a protegerla, y en cuanto le vieron, imaginaron que tenía que ser usted. La reacción ya la ha visto: ha sido inmediata.

—Y tan inmediata...

—Ahora si quiere acompañarme...

Le señalaba una de las puertas del despacho, la cual acababa de abrir. Allí nacían unas escaleras.

Pero Rudy no se precipitó.

En su vida habían aparecido demasiadas escaleras como aquélla,

al final de las cuales aguardaba un revólver cargado.

—Entonces he de suponer que su trato con esos pistoleros —preguntó— se respetaba mientras Laura permaneciera en esta casa. Pero y si salía un momento, ¿qué?

—Entonces quedaban en completa libertad para matarla.

—Lo cual significa que desde que llegó a Nogales se ha convertido en una prisionera. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca, señor Rudy. Lo que se dice una prisionera. Pero no está sola. Otra mujer la acompaña.

—Está bien. Lléveme hasta ellas.

El gerente le precedió. Su mole humana parecía doble dentro de aquel chaqué, que le venía estrecho. Sudaba copiosamente cuando abrió una de las dos puertas que había en la planta superior.

—Entre, entre, señor Rudy…

Rudy entró. Y se encontró de pronto ante aquello con que se había encontrado otras veces. ¡Tantas veces!…

Unas piernas y un revólver.

CAPITULO IX

La chica estaba sentada en un diván que ocupaba toda la pared frontera a la puerta. Estaba sentada de la forma que saben hacerlo «las chicas que saben hacerlo». Y sus piernas eran soberanas, tan soberanas como las de Sally, Loli y otras beldades que Rudy había ido conociendo a lo largo de su vida. Como las piernas de la misma Lena... Pero las de ésta eran quizá más provocativas. Resultaba difícil decirlo. Siempre ha sido difícil decir cuándo las piernas de una chica son mejores que las de otra.

Pero Rudy no se fijó exclusivamente en ellas.

No podía hacerlo. Uno no está para piernas cuando un «Colt» del 45 le apunta a la cabeza...

El gerente susurró:

—Lo siento, señor Rudy. No es cosa mía. Yo no sabía que estaba la artillería preparada.

Rudy sonrió levemente.

—Usted no se entera de la mitad de las cosas, amigo. ¿Tienes usted mujer?

—Sí... sí, señor.

—Pues vigílela, amigo. Vigílela y no pare de vigilar.

Cerró la puerta a su espalda, quedándose de cara al «Colt».

Sabía que aquello no era una trampa, pues en tal caso la chica ya habría disparado. Sencillamente, ella le estaba apuntando por alguna razón que Rudy ignoraba aún. Y con aquellas suculentas piernas por delante, no iba a ser tan molesto averiguarlo. ¡Qué diablos iba a ser molesto!...

Ella se limitó a decir:

—Hola, compañero.

—¿Compañero de qué?...

—De fatigas.

—Las fatigas me las puedes dar cuando quieras, nena.

—No me has entendido.

—No, me temo que no.

—A mí también me contratan para proteger personas.

—Ah, diablos...

—Pero no soy tan bestia como tú.

—Me temo que no.

—Tú te llamas Rudy.

—Exacto. Y si, quieres, al niño que tengamos le podemos poner Rudy igualmente.

—Eres más bestia de lo que imaginaba.

—No lo sabes tú bien.

—Pero sigues sin entenderme.

—Al contrario —murmuró Rudy—, creo que lo voy comprendiendo todo. A ti te han contratado para que defiendas a Laura Villegas.

—Así es. Soy una profesional del «Colt» como tú. Lo que pasa es que me dedico a defender mujeres.

Rudy sonrió.

—Lo curioso es que a mí me han contratado para lo mismo.

—¿Quién

—Un tipo que vive al otro lado de la frontera y que se llama Torres. No sé bien con qué objeto lo hace. Supongo que trata de sacar un beneficio de todo esto, porque el tal Torres es también un pájaro de cuenta. Pero lo que me ha propuesto no me da ningún asco, sino al contrario, porque nunca me ha dado asco defender a una mujer. Y encima me lo paga bien.

—¿Sabe Laura Villegas que tú has venido para eso?

—Supongo que no.

—Por eso ha debido contratarme también a mí —dijo tranquilamente la muchacha, mientras hacía girar el revólver entre sus dedos.

—Entonces, somos dos...

—No veo que nos hagamos la competencia. Tú cobras de Torres y yo cobro de ella. El caso es que no la maten, porque de lo contrario no cobramos ninguno de los dos.

Rudy sonrió ampliamente.

Le gustaba la chica, qué cuerno. Tenía desparpajo, tenía gracia. Y, además de piernas largas, tenía cara dura.

—Lo que no me explico es cómo no te han liquidado a ti —murmuró—. Hay gente interesada en que Laura sea liquidada. Antiguos hombres de Villegas que, pollo visto, no sienten gran afecto por la ex familia de éste, y que quieren arramblar con todo.

—Ya lo sé. Pero esperaban que, como protector, llegase un

hombre y no una mujer. A mí hasta el gerente me ha tornado por una..., por una... ¡Si supieras lo que he tenido que oír! Y no eran cifras de diez dólares, no. Me he dado cuenta de que con el revólver estoy perdiendo dinero.

—Eso se lo huele cualquiera que te vea, nena.

Y avanzó hacia la chica.

Ella dejó caer el «Colt» sobre el diván.

¿Para qué lo necesitaba?

Rudy la tomó por una mano.

Ella se la dejó tranquilamente.

¿Para qué la necesitaba?

Rudy la puso en pie y buscó su boca.

Ella se la dejó.

¿Para qué la necesitaba?

Rudy bisbiseó:

—La necesitas para mucho, nena.

Y la besó. Lo hizo porque necesitaba olvidarse de sus pesadillas, porque necesitaba embrutecerse, porque necesitaba alejar de sí el recuerdo obsesionante de Lena.

No lo consiguió.

Pero ya se sabe. Uno prueba una vez, prueba otra...

Y la chica del «Colt» parecía dispuesta a probar hasta el mes próximo.

Rudy la soltó poco a poco.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —musitó.

Ella fue a responder, pero no pudo.

Porque en aquel momento, la voz dijo desde la puerta:

—Se llama Vilma...

* * *

Rudy volvió la cabeza poco a poco.

¿Qué pensó? ¿Llegó realmente a pensar alguna cosa? ¿Se dio cuenta de que en poco tiempo llevaba vistas a las mujeres más extrañas y, quizá también más hermosas de México?

Porque ésta era una mujer hermosa, no cabía duda.

Pero no era una mujer bonita.

No, no lo era. Había algo sorprendente en su actitud, en su cara.

Algo sorprendente en su modo de mirar. Tendría unos cuarenta años y le gustaba aparentarlos.

O aparentar más. ¿Por qué aquellas gafas tan horribles? ¿Y por qué no disimular los cabellos blancos que brotaban aquí y allá en su hermosa melena de pelo? ¿Y por qué no usar un vestido que moldeara mejor las curvas de un cuerpo que sin duda había sido escultórico, pero que sin duda también ahora estaba empeñado en dejar de serlo?

Era verdad. Extraña mujer...

Extraño conjunto de bellezas y de frustraciones, de encantos y de desengaños reunidos en un solo cuerpo.

Ella acababa de salir por otra de las puertas que daban a la habitación.

Avanzó y se detuvo ante Rudy.

Sus ojos parecían bizquearle.

—Aquí hay demasiada luz —dijo—. Me duelen...

Rudy musitó:

—Pues por mí vuelva a su sitio. Pero antes dígame quién es usted. ¿Es Laura Villegas?

—No.

Rudy casi sintió alivio.

En su intimidad, algo temblaba al pensar que iba a conocer a la mujer a cuyo hermano había matado.

—No, no es Laura Villegas —dijo Vilma—. No es la mujer que me ha contratado. Es una amiga ya algo mayor que la acompaña siempre.

—¿Cómo se llama?

—Ethel.

—Está bien, Ethel —dijo Rudy desviando la mirada hacia ella—. Si usted sufre de los ojos, ¿por qué no se retira a un lugar más oscuro? ¿Y dónde está Laura Villegas?

—Sígame.

La mujer le precedió hasta la puerta.

Rudy volvió a mirarla con atención. ¡Qué hermosa debía de haber sido, la condenada! ¡Y qué lástima de años perdidos! Porque algo había en los gestos de aquella mujer, en su modo de conducirse, que indicaba a Rudy que no había intimado con ningún hombre.

Ella abrió otra puerta.

Al parecer, aquello era una vivienda independiente dentro de La Criollita, y lo bastante segura para que Laura pudiera refugiarse en ella. Mientras estuviese allí dentro, no debía correr ningún peligro grave. Pero en cuanto saliera...

El lugar en que se encontró Rudy era un dormitorio- salón, con varias butacas, unos cuantos cuadros, buenas cortinas y una amplia cama con dosel.

Y con una chica.

Una chica sentada ante el tocador.

Una chica suculenta tensándose las medias.

¡Qué medias! ¡Y qué piernas!

Rudy tragó saliva bruscamente mientras pensaba: «Amigo, éste es tu día. Serás un solemne bestia si no lo aprovechas.»

Pero fue un solemne bestia. Algo le detuvo, dejando incluso de mirar a la chica cuando ella hacía más audaz su exhibición, poniendo ojos de muñeca inocente. La que le había acompañado hasta allí murmuró;

—Aquí la tiene. Esta es Laura Villegas. Laura. ., ¿a qué esperas para terminar de una vez? ¿No te has dado cuenta de que aquí hay un hombre?

La interpelada dejó caer la falda, con un gesto de desencanto.

—¿Un hombre? ¿Y qué? ¿Viene a comerme?

Rudy musitó:

—Eso depende, nena.

—¿De qué?

—De las ganas que tú tengas que te coman.

La puerta se había cerrado a espaldas de Rady.

Los dos estaban solos.

—Me lo habían explicado todo muy bien, muñeca —musitó Rudy —. No te pareces a tu hermano en nada.

—Ah, mi hermano... Mi pobre hermano.. Descanse en paz.

—¿Sabes que ha muerto?

—Por eso estoy aquí. Para cobrar lo que pueda de la herencia.

—Parece que no estás en lo que se dice deshecha en llanto.

—Soy tan sensible que ya se me han secado las lágrimas.

—Ya lo veo. Todo el suelo está tapizado de pañuelos húmedos.

No había ni uno, claro.

—No os hacíais mucho tú y él, ¿verdad? —murmuró.

—Absolutamente nada.

—¿Diferencia de caracteres?

—Diferencia de todo. De estómago, para empezar. Hacía cosas que yo no he podido tragar nunca y que a él le resultaban normales. El sublevarse con una bandera cada vez distinta, pensando que con cada nuevo río de sangre él se hacía más rico. El tener continuamente gente muerta en torno suyo. El perseguir a las chicas con instintos de cerdo. Aunque tú no lo creas, los Villegas hemos sido gente importante en el país. Mi hermano nos ha avergonzado a todos.

—Ya no os avergonzará más.

—¿Quién lo mató?

Rudy entrecerró los ojos lentamente, mientras tragaba saliva con una crispación de su garganta.

—Lo mató uno de por ahí...

—¿Y tú quién eres?

—Un buitre bien pagado. Me han prometido un buen fajo de billetes y, además, darme lustre a las plumas si consigo que cobres la herencia y encima quedes viva.

—¿Quién te paga?

—Un tipo llamado Torres. No conozco todos sus planes, pero no te fíes de él.

Ella se levantó y se acercó cadenciosamente.

—No me fío de nadie... Ni de ti.

Sus labios temblaban lentamente, sus curvas eran palpitantes.

—Ni de ti —repitió—. Menudos protectores me envían..,

Y se apoyó en la pared.

Corno una escultura que espera que alguien la recoja.

Una escultura de carne joven y de labios turgentes.

Rudy musitó:

—No parece que esto sea un funeral, ¿eh?

—¿Quién habla de funerales?

—Por lo visto; nadie.

—¿Te han dicho que me saques de aquí viva y con dinero? —bisbiseó ella.

—Exacto.

—Pero cargada de aburrimiento, ¿no?

—No sé por qué dices eso.

—¿No lo sabes? ¿Tú imaginas lo que es estarse aquí esperando que llegue el juez a ultimar lo de la herencia? ¿Y sin más compañía que la de Ethel, que no ve tres en un burro.

—Podéis jugar a las cartas.

Ella se despegó de la pared.

—¿Tú te pasas la vida jugando a las cartas, amigo?

—Confieso que no.

—Pues yo tampoco voy a perder el tiempo en eso. La vida se pasa pronto, ¿sabes? Pero hay veces en que las horas... ¡se hacen tan largas!

Y levantó los brazos de pronto.

Unos brazos sólidos, jóvenes, torneados

Unos brazos que eran como un dogal de seda.

—Podríamos esperar juntos al juez, ¿no? —preguntó, en un susurro, la voz femenina.

Rudy bisbiseó:

—A este paso podemos esperar el diablo...

Pero ninguno de los dos habló más. ¿Qué otras cosas, bajo el cálido sol de la tarde mexicana, iban a decirse...?

¿Usted las imagina, amigo?

Seguramente que sí.

¡Acertó!

CAPITULO X

La luna estaba alta sobre los tejados de Nogales cuando Rudy salió de- la habitación. Teñía de plata los campos y rielaba sobre los pobres tejados de las casas. Era la eterna luna mexicana que Rudy había estado viendo desde niño, en su mortales aventuras a un lado y otro de la frontera. Era la luna de las cuchilladas, de los desafíos y también de los amores. Y en los amores pensaba Rudy cuando salió de la habitación quedamente.

La voz dijo:

—Miserable...

Era una voz queda y susurrante que brotaba de entre las sombras. Rudy se dio cuenta de que estaba demasiado distraído. Igual que acababa de brotar aquella voz, podía haber brotado una bala.

La figura estaba quieta ante él.

Rudy lo pensó otra vez:

«Lo bien que debía estar esta mujer... ¡Lo hermosa que debía ser en su época!... Lástima que haya perdido el tiempo de esa manera y esté decidida a seguir perdiéndolo.»

—Miserable...

—¿Por qué me llama eso?

—Creí que le habían encargado proteger a Laura, no corromperla.

—¿Es que usted se ha dado cuenta de todo?

—No hace falta ser muy lista para imaginar lo que ha sucedido, ¿verdad?

Rudy apretó los labios.

—Disculpe, señora —fue todo lo que dijo.

—Aún soy una señorita.

—Perdoné. Debí imaginarlo.

Trató de pasar. Rudy no sabía exactamente dónde tenía que dormir aquella noche, aunque pensaba que no podía ser demasiado lejos. Ella adivinó sus pensamientos y le señaló una de las puertas del pasillo.

—Es ahí. Ahí puede descansar. /Verdad que lo necesita?

—Parece como si lo dijera con rencor. ¿Usted nunca ha merecido

la atención de un hombre?

—¿Y eso qué importa?

—Algunas cosas tal vez hay que vivirlas para comprenderlas.

—¿Qué me pide? ¿Que comprenda a Laura? Nadie puede hacer eso como yo, que soy su mejor amiga. Y sé de sobra que usted no es el primer hombre a quien ella se dedica.

—También lo he sabido yo inmediatamente, señorita. De lo contrario, no me hubiese quedado con ella.

Rudy abrió la puerta señalada. Correspondía a un dormitorio pequeño, pero limpio, y con una ventana. De una manera maquinal, Rudy se dio cuenta de que Laura Villegas estaba en un sitio bastante vulnerable, puesto que por aquellas ventanas de un primer piso podía entrar un ejército de asesinos. Claro que la protegía la petición que había hecho el gerente de que no la matasen dentro del local, pero ¿valdría eso durante mucho tiempo?

La mujer se había apoyado en una jamba.

Parecía ver mejor en la oscuridad, como los gatos.

Lástima... ¡Hubieran sido tan bonitos aquellos ojos, sin las ridículas gafas!

—Siento que Laura Villegas sea así —musitó ella—. La quiero como a una hermana.

—¿Hace lo mismo con todos los hombres?

—Sólo con los que le gustan, claro.

—Lo importante sería saber si le gustan todos los que ve.

—¿Importante? Se equivoca, Rudy, porque eso no le afecta a usted. Usted es un aventurero y ya tiene lo que quería. ¿A qué hacer preguntas encima?

—Ya noto que no tiene un concepto demasiado elevado de mí.

—¿Cómo he de tenerlo? Usted es un granuja profesional, no lo niegue.

—No lo he negado nunca —musitó Rudy, tristemente, mientras se apoyaba en una de las paredes en penumbra—. Soy un granuja desde los dieciséis o diecisiete años. Empecé a ganarme la vida con el revólver y ya no he sabido hacer otra cosa. Pero sólo soy un resentido desde hace relativamente poco tiempo. Desde que mi hermana fue ultrajada...

Sus ojos se nublaron. Pocas personas lo hubieran advertido en la semioscuridad pero la extraña mujer pareció notarlo.

—Es un recuerdo que aún le obsesiona, ¿verdad? —musitó.

—Sí. Es la pesadilla de mi vida.

—Supongo que el hombre o los hombres que lo hicieron ya deben estar muertos.

—No, no lo están.

—Debe ser porque no los ha encontrado.

Los dientes de Rudy produjeron un sonido chirriante durante unas décimas de segundo.

—Eso es; porque no los he encontrado. De lo contrario…

—¿Los busca?

—Sí, pero, desgraciadamente, ya no los encontraré.

—¿Por qué?

—La mejor amiga de mi hermana, una muchacha llamada Lena, lo había visto todo, aunque no pudo evitarlo. Ella, vestida de hombre, me acompañó a todas partes porque me dijo que si volvía ver a aquellos buitres los reconocería. Desgraciadamente, ya no los verá. Unos sujetos a los que perseguíamos lograron apresarla un día en que nos separamos, le rompieron las manos a culatazos, sin darse cuenta de que era una mujer, y luego la balearon.

Ella había inclinado la cabeza.

Lo miraba fijamente a través de aquellas gruesas galas que tanto la afeaban.

—Esa mujer estaba enamorada de ti —musitó.

Los párpados de Rudy sufrieron una sacudida.

—Eres una mujer extraña.

—No. Sólo soy observadora.

—¿Por qué habías así?

—Una muchacha no seguiría a un hombre hasta el infierno, como ella te siguió a ti, sólo por vengar a una amiga.

—Es raro lo que ocurre contigo… Pareces una sombra y, sin embargo, te enteras de todo… Pareces una enemiga y, sin embargo, inspiras confianza. Lo que te estoy diciendo a ti no se lo había dicho a ninguna otra mujer.

—Quizá porque soy una vieja.

—No, no eres una vieja, pero has perdido tus mejores años.

—¿Crees que me arrepiento?

Rudy chascó dos dedos pesadamente.

—Supongo que eres de las mujeres que no se arrepienten de

nada. Pero voy a decirte algo que quizá te sorprenda. Después de la muerte de Lena he estado esquivando a las mujeres como si fuesen mis peores enemigas. Lo de ahora ha sido para mí. Bueno, corno una borrachera. Como beberme entera una botella de whisky. Hay veces en que me rompería la cabeza contra las paredes con tal de olvidar.

—Pobrecito.. —dijo ella.

La sorna resbalaba de su palabra como el veneno resbala de los colmillos de una víbora.

—Te estás burlando de mí —dijo Rudy.

—No, hombre no. Es que no sabes la pena que me das. Para olvidar a una mujer te lías hasta el cuello con otra. Los hombres, en esto, sois los que se dice estupendos.

Rudy rió amargamente.

—Puedes llamarme lo que quieras; no me ofenderé. Al fin y al cabo no te falta la razón.

—No sabes lo amargo que es tener razón —dijo suavemente ella —. Lo más amargo del mundo. Porque la razón no sirve de nada…

Y cerró la puerta con un chasquido casi inaudible.

Rudy se quedó mirando la hoja de madera.

Extraña e inquietante mujer…

Debía haber sido inteligente, bella… Debía haberlo tenido todo. Lástima que ahora fuese poco más que la señorita de compañía de Laura Villegas.

Apenas una sombra…

Rudy decidió olvidarla.

Decidió olvidar a Lena, también, aunque después de lo sucedido no sabía si podría.

La puerta se abrió de nuevo.

Ella volvió a entrar en silencio.

—Toma —susurró—. Legítimo whisky de Kentucky. Puestos a olvidar, siempre te ayudará más que una chica.

CAPÍTULO XI

El juez llegó a la mañana siguiente, o al menos eso fue lo que le dijeron a Rudy. Fue una mañana bastante agitada, la verdad. Apenas el joven había descendido a la planta baja para desayunar cuando empezaron a su ceder cosas.

La Criollita no parecía el mismo sitio de la noche anterior.

Estaba vacío.

Todos los borrachos habían sido puestos en la acera, bajo los pórticos, donde seguían durmiendo. Los tahúres y jugadores profesionales descansaban. Las mujeres que antes pululaban de un lado a otro de la sala debían descansar también o haciendo lo que fuese. Pero no se veía ninguna.

Una serie de mesitas muy cerca de las ventanas, estaban perfectamente instaladas para el desayuno. El gerente de la noche anterior, ahora vestido de blanco, se acercó obsequiosamente al pistolero.

—Hola, señor Rudy. Supongo que desea desayunar... ¿Qué tal la noche?

—Hum... Algo movidilla.

—Aquí podemos garantizarle el servicio del mejor hotel. Pase, pase... Elija mesa. Haré que le sirvan el desayuno en seguida.

Rudy eligió una mesa junto a una de las ventanas y entonces empezó el «movimiento».

La ventana saltó hecha mil pedazos y el hombre que la había roto penetró en el local como un meteoro. Pero resultó que no había roto la ventana por su propia voluntad. Cuando lo hizo, ya estaba muerto.

Curiosamente, quedó empotrado de bruces en la mesa de Rudy.

Como si quisiera desayunar también.

Rudy se limitó a mirarlo y dijo al gerente:

—Tendrá que pedir que pongan dos cubiertos.

—Di... diablos, señor.

—¿Había visto alguna vez a este tipo?

—Yo diría que es González.

—¿Y quién es González?

—Dirigía una liga de pequeños propietarios en esta comarca.

Pero ahora ya no dirigirá nada, claro, como no sea un coro de diablos...

Rudy lo apartó un poco.

Al pobre tipo lo habían acuchillado entre varios hombres y luego lo habían arrojado a través de la ventana. Eso explicaba el impulso con el que entró.

Miró al gerente.

—¿Quién cree que puede haberlo hecho?

—Más vale no meterse en honduras, señor. En Nogales hace ya demasiado tiempo que estamos así.

—Pero usted piensa algo. ¿Qué piensa?

—Han tenido que ser los de Charlie.

—¿Charlie?

Rudy había tenido como un respingo.

Lo recordaba, claro. Lo recordaba muy bien. Charlie, liberado de la cárcel. Charlie, liberado por encargo de Torres mientras Villegas moría...

—Ese tipo —musitó—, ¿qué significa?

—Creí que lo sabía, señor Rudy. Charlie está organizando su propia revolución. Pero no a favor del pueblo, sino a favor de unos cuantos tipos como él que quieren repartirse las tierras. Algunos militares le apoyan, y por lo visto, González era enemigo suyo.

—Creí que el que organizaba revoluciones para quedarse con las tierras era Villegas —musitó Rudy.

—Cierto... Villegas también subía como la espuma gracias a eso. Pero tenía que disputarse las tierras con Charlie, que era su competidor. No había sitio para los dos.

Rudy arqueó una ceja.

Empezaba a comprender.

—A Charlie —susurró—, ¿quién le vendía las armas?

—Se las vendía Torres, que trabaja desde Arizona, al otro lado de la frontera.

—Ah, cuerno...

—¿Le sorprende, señor Rudy?

—¿Y a Villegas? ¿Quién se las vendía a Villegas?

—No lo sé exactamente, señor Rudy, pero sin duda era otro. A Torres no se las compraba.

—Entonces dos veces cuerno.

—¿Por qué dice eso?

—Supongamos que Villegas hace prisionero a Charlie, su competidor. ¿Qué pensaría Torres?

—Pues… que se le acababa el negocio.

—Y por tanto, tendría el mayor interés en pagar a un tipo para que matase a Villegas y liberara a Charlie, ¿no?

—Justo. Eso es lo que haría.

—Así Charlie organizaba un nuevo alzamiento con las armas que le facilitaba Torres. Y el negocio volvía a ser redondo otra vez.

El gerente chascó dos dedos.

—¿Cómo lo ha adivinado, señor Rudy?

—Más vale que no me lo preguntes —dijo Rudy, con cara de mala jeta.

Tomó el cadáver de González y lo volvió a arrojar por la ventana.

El gerente susurró:

—¿Entonces, un solo cubierto?

—Exacto. El muerto me acaba de decir que no tiene apetito.

—Le daremos el desayuno especial, señor. Incluye leche de cabra blanca y cubertería de plata.

—Ni que sea leche de cabra negra.

Mientras tomaba sólo una parte del desayuno, Rudy pensaba con rabiosa intensidad. No tenía nada que objetar a que Torres, para sus sucios negocios, se valiera de un pistolero profesional como él. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía esperar? Pero le dolía pensar que la liberación de Charles había servido solamente para originar nuevas luchas, nuevas ambiciones, nuevos muertos.

Se sentía moralmente obligado a reparar aquello.

Moralmente obligado a dejar aquello limpio como una patena.

A limpiarlo… con plomo.

Se puso en pie y fue a pagar.

El gerente casi le besó las manos.

—Por favor, señor Rudy. ¡Pues no faltaría más! La casa invita.

—¿Sabe dónde está el juzgado?

—En la otra acera, cien metros más abajo Me han dicho que ya ha llegado el juez.

—¿Por qué no está aquí de una manera estable?

—¡Uf! Con tantas revoluciones y con tantos tiros… ¡Usted verá!

El juez lleva los pleitos hoy aquí y mañana allí, de la manera que puede.

Rudy salió de la casa mientras susurraba:

—Pues éste va traer cola...

Fue hacia el juzgado. Quería que cuanto antes Laura Villegas cobrara los cincuenta mil dólares y se largara de allí. Luego, él ya ajustaría las cuentas a Charlie. Habría tiempo para todo...

El cartel del juzgado estaba descolorido por el polvo, por el sol y quizá también de los salivazos de los honestos ciudadanos que entraban y salían. Sólo se leía: «...ado. Guarden higiene y ...cho r...peto.»

Rudy entró.

No se veía a nadie en el vestíbulo.

Eso debió hacerle sospechar. Debió darse cuenta de que no era normal tanto silencio.

Pero ya iba embalado.

Abrió la puerta, empujándola con el pecho.

Y a él le abrieron la boca empujándola con otra cosa. Empujándola con un revólver. Un «Colt» del 45 que por poco le opera de amígdalas después de cepillarle los dientes.

CAPITULO XII

Eran tres hombres los que parecían aguardarle allí, además del que por poco le mete el revólver hasta la garganta. Uno de ellos, un vejete que parecía aterrorizado, debía ser el juez. Los que le flanqueaban, apuntándole con sus revólveres, tenían una pinta de pistoleros que tumbaba a un bisonte.

Rudy alzó las manos poco a poco,

El revólver, que prácticamente estaba entre sus dientes, fue retirado, pero quedó casi pegado a su boca.

—Hermoso comité de recepción —dijo Rudy—. Hacía años que no me trataban tan bien.

El que parecía ser el juez barbotó:

—Usted tiene que ser Rudy.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Y lo pregunta? ¡Más le valiera haberse muerto, infiernos!

—Si no lo estoy es por casualidad. Y estos amigos se encargarán en seguida de arreglarlo. ¿Verdad, muchachos?

—¡Ujú! ¡Ujú!

—Así da gusto. Vuestros ladridos son música.

El juez barbotó:

—Por su culpa van a matarnos a los dos.

—¿Cree de verdad que es culpa mía?

—Me han dicho que está en Nogales para proteger a esa tal Laura Villegas.

—Y usted para hacerle entrega de la única herencia que puede entregarle legalmente: cincuenta mil dólares en forma de depósitos bancarios.

—Sí, pero estos caballeros..., ¡ejem!..., estos caballeros, antiguos miembros de la banda de Villegas, están decididos a quedarse con los cincuenta mil del ala. Además, no son pesos mexicanos, sino dólares yanquis... Aseguran que en este momento valen más. Me han dicho que las tierras de Villegas ya no podrán recuperarse, pero los dólares sí. Y por eso los quieren.

—Me parece un deseo perfectamente razonable —dijo Rudy, sin perder la calma ni un segundo.

—Le parece razonable, ¿eh? ¡Pues a mí también! —grito el juez

—. Bajo la presión de los revólveres, yo nombro heredero a quien sea y en paz. ¿A mí qué me importa quién retire el dinero de los Bancos yanquis? Pero usted se opondrá y entonces nos apiolarán a los dos, ¿no es cierto?

Una sonrisa cuadrada asomó a los labios de Rudy.

—Rigurosamente cierto —dijo.

Y movió a la vez todo su cuerpo. Lo movió con tal velocidad que fue materialmente imposible seguirlo con la vista.

Quizá nunca se había arriesgado tanto.

Pero no le quedaba otro remedio, puesto que de todos modos sabía que iba a morir.

El revólver estaba tan cerca, que dominaba sólo un pequeño sector. Esa era la única ventaja de Rudy. El joven ladeó la cabeza y disparó su pierna izquierda.

El fogonazo le dejó ciego. Rudy tuvo la terrible sensación de que se le había llevado la mejilla entera, a causa del insoportable dolor que sintió. Pero en realidad no era así. Aunque la bala sólo le había rozado, toda la mejilla de aquel lado quedó absolutamente quemada por la pólvora ardiente que saltó sobre ella.

Claro que el que acababa de disparar no se fue de vacío.

Recibió en la entrepierna un impacto tal que hasta un toro hubiese quedado inútil para las funciones propias de su sexo. El tío por poco brinca hasta la lámpara. Dio una vuelta entera de campana y se estrelló contra la mesa del juez, que gritó maquinalmente:

—¡Orden en la sala! ¡Orden en la sala!...

Cualquier cosa menos eso.

Los dos pistoleros que le flanqueaban dispararon sobre Rudy, creyendo tenerle seguro, pero el joven seguía mostrando su fantástica movilidad. Ya no estaba junto a la puerta. Había avanzado en zigzag hasta la mesa, mientras las balas picoteaban en torno suyo.

Volcó la mesa con todos los que estaban en torno a ella.

—¡Visto para sentencia!

No sabía hasta qué punto acertaba.

Allí todo estaba listo para una sentencia... de muerte. Lo único que no se sabía aún era los nombres de los verdugos y los nombres de las víctimas.

El pistolero que había recibido el impacto en la entrepierna

gateaba dolorosamente en busca del revólver perdido. Los otros dos disparaban con rabia, pero sin saber dónde tenían su enemigo.

Rudy estaba en el suelo y se había apoyado en el brazo izquierdo, mientras disparaba el «Colt» apoyándolo en la cadera derecha.

El más cercano de sus enemigos saltó con la cabeza atravesada y fue a estrellarse contra una de las paredes. El otro intentó cambiar de posición. Y «cambió», aunque no del modo que él quería.

Bruscamente, dio media vuelta.

La bala en la cintura le había hecho bailar una especie de frenética danza.

Disparó con furia mientras giraba, enviando contra las paredes una cantidad increíble de plomo. Pero todas sus balas resultaron altas, lamiendo el zócalo del techo. Mientras tanto, Rudy le había enviado una nueva onza de plomo, ahora al corazón.

Ese segundo pistolero se desplomó sin darse cuenta de que moría. Sus labios quedaron crispados en una mueca de rabia, como si aún quisiera seguir disparando.

En cuanto al tercero, había recuperado su «Colt». Pero más le hubiera valido no hacerlo.

Cuando intentó disparar, ya Rudy le estaba apuntando a la cabeza. Sólo un gatillo se movió. El pistolero emitió únicamente una especie de ronco uuuggg..

Rudy recargó el revólver y se puso en pie.

El juez asomaba tímidamente la cabeza por debajo de la mesa.

—¿Qué… qué ha pasado? —farfulló.

—Ya lo ve: sentencia cumplida.

—Espero que ahora…, no me liquide usted a mí.

—Lo pensare.

—¿Qué he de hacer para salvar el pellejo?

—Sólo cumplir con su deber.

—Ah, ya entiendo: Darle a usted los cincuenta mil machacantes.

Rudy rió a pesar suyo.

—Tiene usted un concepto muy especial de la justicia, amigo. No me extraña que vayan así las cosas en México. En cuanto a usted dejen de vigilarle… Que Dios nos coja confesados, vaya.

—¿Pues a quién quiere que asigne los cincuenta mil? Puedo quedármelos yo, si le parece.

—Asígnelos a Laura Villegas, que es su legítima propietaria.

—¡Cuerno! Es la primera vez que un pistolero me pide con el revólver algo que no es para él mismo.

—Pues mañana ya no podrá decirlo. Hala, extienda el documento y fírmelo. ¡Aprisa!

—Lo llevaba extendido ya. Sólo hacía falta poner el nombre.

El juez lo firmó y lo tendió nerviosamente a Rudy.

—Tóme, A su amiguita le bastará hacer legalizar esto por cualquier cónsul norteamericano. A continuación, ya podrá retirar el dinero de los Bancos en que esté depositado.

—Gracias. Y ahora puede largarse, juez. Es un buen consejo, créame. Nogales se ha convertido en una ciudad demasiado peligrosa para usted.

—Le daré dos consejos a cambio. Uno, que se haga curar cuanto antes esa mejilla izquierda. Se la han abrasado.

—¿Y el otro?

—¡Que reviente!

—Supongo que alguien se encargará de complacerle, juez. Y quizá no tarde demasiado.

Volvió con el papel a La Criollita.

El ambiente estaba extrañamente en calma.

Ni rastro de los jaleos anteriores. Ni un tiro. Nada. Incluso a la casa de juego empezaban a llegar los primeros clientes deseando resarcirse de las pérdidas de la noche anterior. Con ellos llegaban las primeras cortesanas, algunas tan elegantes como en las mejores ciudades del golfo de México.

Rudy subió las escaleras que llevaban al piso superior y entró en lo que para sí mismo ya llamaba «la residencia».

Quieta como una sombra, la mujer estaba junto a la pared.

Mirándole a través de aquellas gafas que tanto la afeaban.

—Buenos días, Ethel —musitó Rudy.

¿Por qué la miró tanto? ¿Qué había en aquella mujer, más vieja y no tan guapa como las otras? ¿Fue pena otra vez, al pensar que aquella hembra que fue hermosa había perdido su vida?

—¿Por qué me miras tanto, Rudy? ¿Por qué de ese modo?

—Pienso que es una pena.

—¿Una pena el qué?...

—El que hayas dejado crecer tus canas de ese modo. El que

Hayas permitido que se encorvara tu espalda... Todo sin conocer el amor.

—¿Y qué ocurre? ¿Te da lástima? Ha sido elección mía, ¿no? ¿O es que acaso el amor vas a hacérmelo conocer tú?

La voz de la mujer destilaba burla de nuevo. Rudy prefirió callar. Le entregó el papel.

—Toma.

—¿Qué es esto?

—Significa cincuenta mil dólares del Tío Sam. No hay más que hacer legalizar el documento por cualquier cónsul norteamericano y retirar el dinero de los Bancos.

—Eso debes dárselo a Laura Villegas. Está a su nombre.

—Te lo doy a ti, Ethel, para que se lo entregues tú misma.

Y entró violentamente en la que había sido su habitación. La mejilla herida le abrasaba, y con el ojo de aquel lado veía muy mal. Fue a verter agua en la jofaina para poder lavarse la cara.

—No lo hagas —dijo la voz a su espalda—. Te dolerá más.

—Ya sé, pero de momento...

—Espera; yo te curaré.

La mujer se movía silenciosa y eficazmente a su espalda. Buscó vendas y un ungüento que pasó por la mejilla de Rudy, después de lavarla bien. La cura fue muy dolorosa. La pólvora se había incrustado materialmente en la piel, produciendo quemaduras que se curarían, pero que, de momento, un hombre menos endurecido no hubiera podido resistir.

El joven no se quejó.

La verdad era que le habían hecho muchas curas dolorosas en la vida, pero ninguna por medio de unas manos tan suaves como éstas.

—Ya estás —dijo ella—. No voy a vendarte siquiera. Dentro de unas horas te haré otra cura y luego... la tener paciencia!

—¿Qué eras antes de meterte en esta especie de pozo, Ethel?

—¿Qué era? Pues nada... Una señorita inútil.

—¿No hacías nada? ¿De veras?

—Miraba la tarde caer desde las rejas de mi balcón. No, no servía para nada. Era la típica señorita de provincias que tal nace, tal muere. Estoy mejor así.

—¿Ningún amor?

—¿Y a ti qué te importa?

—Perdona, lo preguntaba por preguntar.

—Supongo que te parecería la mar de natural que los hubiese tenido. Como tú no habrás hecho otra cosa. .

—Bueno, a ratos, yo.

—No hace falta que me expliques nada.

—¿Qué edad tienes, Ethel?

—Cuarenta y dos. ¿Y tú?

—Veinti... veinticuatro.

—Es curioso. Podría ser tu madre. ¿Lo ves? Hasta la situación parece ridícula.

El se mordió el labio inferior. Sí, claro... Ethel podía ser su madre. Ridículo de verdad. ¿Por qué sentía tanta confianza ante una mujer que casi le doblaba los años? Y cuya edad se notaba, desde luego... Había tenido un tipo espléndido, pero ahora sus espaldas ya estaban cargadas. Sus ojos, tras las gafas, bizqueaban si la luz era demasiado intensa. Los mechones blancos rompían la espléndida armonía de su cabellera negra.

—Perdóname —dijo Rudy—. Debería sentir respeto ante ti y no lo siento,

—¿Pues qué sientes?

—Yo diría que sorpresa, una sorpresa que soy incapaz de definir. Y también confianza. Y hasta un poco de admiración.

—¿Quieres que te dé un consejo, Rudy?

—Me han dado antes uno: me han deseado que reviente.

—Quizá yo voy a desearte lo mismo, pero de otra manera. ¿Sabes lo que te conviene? Casarte con Laura Villegas. Ella no recuperará nunca las tierras de su familia ni mucho menos las que su hermano usurpó. Ya habrá otros ambiciosos que se encarguen de quedárselas mientras el pueblo sufre... Pero Laura Villegas tiene cincuenta mil dólares. Tú mismo se los has dado. Tiene juventud, belleza y, además, le gustas. Ella es la mujer que te conviene. Y sois de la misma edad.

El arqueó una ceja.

Una sombra había cruzado sus ojos.

—¿Qué te pasa, Rudy?

—Quizá nada especial... Sólo que me avergüenza lo de esa mujer.

—Lo habrás hecho con otras, ¿no?

—Con ella me avergüenza de un modo especial.

—¿Y hay alguna razón también especial?

—Sí. Dos.

—¿Cuáles?

—Una es Lena. Me había jurado a mí mismo no besar a ninguna otra mujer.

—¿Y la otra razón?...

—Ella es una Villegas y yo maté a su hermano.

Hubo una crispación en los labios de la mujer. Una crispación repentina, casi brutal.

—De modo que fuiste tú... —balbució.

—Sí. Un «trabajo» como otro cualquiera. Me lo encargaron, lo hice, lo cobré.. Te aseguro que no daba más asco que tantos y tantos otros. Villegas era un cerdo. Merecía la muerte.

—Ella nunca comprenderá eso.

—¿Y por qué crees que me avergüenza haberla besado? ¿Por qué piensas que no le entrego directamente ese documento judicial? ¡Porque no me atrevo ni a volver a verla!

—Te comprendo muy bien, Rudy. Menos mal que hay algo de decencia en ti. Poca, pero todavía queda.

Tomó el documento y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—De todos modos, me gustaría ayudarte —musitó, cuando ya había hecho girar el pomo.

—¿Ayudarme? ¿A qué?

—Ojalá pudieras dar con los hombres que ultrajaron a tu hermana. Sólo así descansaría tu alma.

—Nunca daré con ellos. Esa es mi tortura.

—¿No sabes nada? ¿Sólo lo que Lena te podía explicar?

—Lena me los había descrito a veces. ¡Claro que me los había descrito! Pero eran como tantos otros en este país. Cuatro hombres, tres morenos y uno rubio. Nada destacable en ellos. Corpulentos, fuertes, decididos... ¿Y qué? ¡Los garitos del Sudoeste están llenos de tipos como ésos! Y si fueran juntos, aún podría localizarlos; pero no tendré esa suerte. Por lo menos no la he tenido en el mucho tiempo que llevo persiguiéndolos. Al morir Lena, supe que había perdido su rastro para siempre.

—¿No había nada especial que los distinguiese, al menos a uno de ellos?

Rudy se pasó una mano por la frente, mientras cerraba los ojos e

intentaba recordar.

—Nada, absolutamente nada. Aunque ahora que lo dices... Bueno, es una solemne tontería. Según Lena, uno de aquellos hijos de perra se sacaba y se metía nerviosamente un anillo. Parecía tener un tic. Pero eso, ¿de qué me sirve?

—Reconozco que de bien poca cosa —murmuró ella—. En fin, te deseo mucha suerte.

—¿Os iréis en seguida?

—Sí. Esta noche, aprovechando la oscuridad.

—¿Solas?

—Es lo normal, ¿no?

—Un momento. Aún no he terminado mi misión.

—¿No?

—Ya me han pagado, pero tengo que dejaros sanas y salvas al otro lado de la frontera. Por lo menos a Laura. El trabajo no terminaba sólo con lo de los cincuenta mil.

—¿Y vas a acompañarnos?

—Por lo menos hasta pasar la frontera, sí. Pero no hay cuidado. Está aquí mismo.

La mujer no contestó. Parecía molestarle el hecho de que Rudy aún tuviera que seguir en su compañía.

Pero hizo un elegante gesto y cerró la puerta, dejándole solo.

Rudy murmuró:

—¡Lástima no haberte conocido veinte años antes, imbécil! ¡Ya te enseñaría yo!

La puerta se abrió de pronto otra vez.

—Hace veinte años hubiera tenido que darte de mamar, nene —dijo la mujer, con desparpajo.

Y cerró con la misma elegancia de la vez anterior.

Rudy se quedó sin saber qué pensar.

Y de un humor de perros en invierno.

Como para comerse un revólver a piezas, vamos. O como para ponerse a jugar a las cartas con el juez de Nogales...

CAPITULO XIII

La tensión en la que había vivido produjo a Rudy una especie de amodorramiento difícil de vencer. Como por otra parte necesitaba librarse como fuera del dolor que aún sentía en la mejilla, recibió al sueño igual que a un amigo bienhechor. Y tuvo suerte, ya que no tardó en quedar profundamente dormido.

Le despertó una sensación de hambre.

Debía ser ya muy tarde.

Miró en torno suyo y no vio más que oscuridad. Hasta la luna estaba oculta por los nubarrones. Consultó su reloj y vio que eran las ocho y media En aquella época del año, a esa hora ya había oscurecido del todo.

¡Diablos! ¿Cómo había dormido tanto?

Encendió un quinqué, miró su mejilla en el espejo y vio que ya no tenía tan mal aspecto. Entonces comprobó el revólver y salió, porque supuso que Laura y Ethel se dispondrían a ir a Estados Unidos de un momento a otro.

Llamó en una de las habitaciones.

Vacía.

En la otra.

También.

Cada vez más intranquilo, se decidió a entrar Y por el aspecto de las habitaciones, comprendió que sus ocupantes ya no estaban. Tampoco estaba allí Vilma, la encargada de protegerlas. Habían salido ¡untas las tres con su pequeño equipaje.

Eso sólo podía significar una cosa:

Estaban tratando de cruzar la frontera solas. Confiaban en su suerte.

¡No sabían que aún quedaban muchos hombres de Villegas por allí! ¡Y no sabían que todo el mundo conocía lo de los cincuenta mil dólares!

¡Eran unas condenadas a muerte!

Rudy sintió que se le secaba la boca mientras se disponía a salir de la planta alta de La Criollita. Pero aún no había llegado a las escaleras cuando en el vestíbulo superior tropezó con la oronda figura del gerente.

—Oh, señor Rudy...

—Busco a Laura Villegas.

—Se acaba de ir, señor Rudy.

—¿Cuánto tiempo hace que...?

—Apenas diez minutos.

—Entonces, aún podré alcanzarlas.

Y fue a bajar, pero de pronto el gerente musitó:

—Oiga...

Se escuchaba una zarabanda de disparos al otro lado de la calle. Eran unos disparos seguidos y de gran intensidad, al menos disparaban quince armas, y la mitad de ellas eran rifles.

Rudy se pasó la mano por la boca

—¿Laura? —musitó.

El gerente le miraba aterrado.

—Yo diría que sí, señor Rudy. Había pistoleros en la calle, pero no eran del señor Villegas.

—¿De quién, pues?

—Del señor Charlie.

Rudy tragó saliva.

—Pronto serán del señor difunto —mascculló.

Y salió. Pero no lo hizo hacia abajo, sino hacia arriba. No hacia la calle, sino hacia el tejado.

Daba por descontado que las tres mujeres habrían sido acorraladas. Y aunque el documento que llevaba Laura Villegas, y que valía cincuenta mil dólares, estaba escrito a su nombre, podía transferirse por simple endoso, escribiéndolo en el reverso. Obligar a Laura a firmar eso antes de matarla no iba a ser tan difícil.

También el endoso podía falsificarse. Un hombre tan decidido como Charlie no necesitaba más que el documento con la firma auténtica del juez. Lo demás corría de su cuenta.

Rudy se encontró en el tejado de La Criollita. Miró desde arriba la calle y vio la escena muy bien.

Demasiado bien.

También le vieron a él los que estaban abajo.

—¡Allí!

—¡Es Rudy!

Un par de balas le obligaron a encogerse. Se pegó al tejado como pudo, mientras seguía observando.

Debía haber unos quince pistoleros en la calle. Eran parte del grupo de Charlie, que había sustituido al de Villegas en el dominio de la comarca.

Sin duda, se disponían a irrumpir en La Criollita, en busca de las tres mujeres y de los cincuenta mil pavos, cuando ellas salieron. No habían podido llegar más que hasta la casa frontera, que era una cantina en construcción. Y allí estaban materialmente acorraladas.

Dos revólveres respondían al fuego desde dentro.

Tres pistoleros yacían muertos a la entrada de la casa.

No cabía duda de que Vilma tenía buena puntería. Y la que le ayudaba, fuese Ethel o fuese Laura, tampoco era manca. Pero cualquiera hubiese podido comprender que no les quedaban más que unos pocos minutos de vida.

El lugar en que estaba Rudy también era picoteado por tas balas. De modo que tuvo que dejarse resbalar por una de las vertientes del tejado, mientras dos de los hombres de Charlie se desprendían del grupo atacante para subir en su busca.

Emergieron en lo alto del tejado cuando Rudy menos lo esperaba, ya que no se había fijado en ellos. Llevaban escopetas, una de ellas cargada con postas.

Rudy dio un terrible salto, protegiéndose como pudo tras la chimenea de piedra.

Esta casi voló.

El impacto de la metralla había sido atroz. Rudy se dio cuenta de que estaba tan acorralado como las dos mujeres.

El del rifle disparó también. Recargó inmediatamente. Volvió a disparar. El «chask, chask» de la palanca, movida con gran rapidez, llegaba a ser obsesionante.

Mientras tanto, el de la escopeta cargada con postas, y que ya no podía volver a disparar, se acercaba con el machete, protegido por el fuego de su compañero.

La única ventaja que tenía Rudy era que no le veían. Suponían

que estaba detrás de la chimenea, lo cual era cierto. Pero no pensaba quedarse indefinidamente allí.

Resbaló otra vez tejado abajo. Por la trayectoria de las balas había calculado cuidadosamente la posición del fulano del rifle. Supo que en cuanto llegara a la quinta línea de tejas podrían verse los dos.

El otro, en cambio, no lo sabía. Vería a Rudy de pronto, cuando quizá ya no tuviera tiempo para rectificar.

Mientras resbalaba, fue contando: «Tres líneas... Cuatro... ¡Cinco!» De pronto vio a su enemigo con el rifle. Le estaba apuntando. Parecía haber adivinado lo que iba a suceder.

Rudy sintió como si se le agarrotaran los dedos.

«¡Dispara, maldito, dispara!»

La orden y el insulto habían sido dirigidos contra sí mismo. el gatillo crepitó dos veces mientras el del « rifle trataba de apuntar mejor. Dos botones rojos se le marcaron casi en el mismo sitio, entre las dos cejas.

Mientras tanto, el del machete había saltado lanzando un salvaje grito.

Rudy no tuvo tiempo de disparar otra vez. Sólo de levantar las piernas y recoger con sus botas al que venía, dándole más impulso del que ya llevaba. El del machete lanzó un aullido al ver que se le terminaba el tejado. Dio una espectacular voltereta de campana en el aire y se estrelló en las piedras de la plaza, entre los pies de sus propios compañeros.

«Ahora ya no puedes perder ni un segundo, amigo.»

Rudy había pensado así mientras se lanzaba también por los aires, aprovechando el momento de confusión que había causado la caída de su enemigo. Tras tomar impulso, su salto fue quizá el más espectacular que había dado en su vida. Pasó volando de casa a casa por el lado más estrecho de la calle, consiguiendo sujetarse al borde del tejado mientras otra nube de plomo se cernía sobre él.

Pudo gatear hasta una de las claraboyas de la cantina en construcción y descolgarse por ella. Pero estuvo a punto de recibir una bala de la propia Vilma, quien estaba con las otras dos mujeres en lo alto de la escalera.

Desde allí dominaban la entrada del local, donde acababa de caer atravesado otro pistolero.

Vilma apretó los labios.
—Ah, eres tú... Creí que también atacaban por ese lado.
—No tardarán en hacerlo. ¿Por qué habéis sido tan locas al salir así?
—Ellas no querían que te jugaras más la piel. Y nos han dicho que los hombres de Charlie iban a subir a buscarnos; de modo que hemos tratado de desorientarles saliendo antes.
—Y, por lo que se ve, lo habéis conseguido estupendamente.
Vilma disparó de nuevo.
Rudy se dio cuenta de que las otras dos mujeres disparaban también, pegadas a la baranda. Entre todas creaban una cortina de fuego que iba a ser muy difícil atravesar a los hombres de Charlie, aunque éstos debían confiar en que se les acabasen las municiones.
Y no iban muy desencaminados. Las mujeres no llevaban más balas que las que previsoramente habían puesto en sus bolsos.
Rudy masculló;
—Atacarán por detrás.
No había acabado de decirlo cuando dos hombres se descolgaron por la misma claraboya que había empleado él. Claro que mientras se descolgaban, difícilmente podían disparar. Rudy disparó por ellos y les voló las cabezas.
Vilma le miró con el rabillo del ojo.
—No eres un mal profesional, ¿eh, amigo?
—Y tú no eres una mala aficionada.
En aquel momento, Vilma se contorsionó. Dio una rápida vuelta sobre sí misma mientras se llevaba la mano derecha al hombro izquierdo.
—Mmmm...
—¿Te han dado?
—Me han... destrozado el hombro.
El pistolero que acababa de irrumpir en la planta baja iba a disparar otra vez. Rudy lo hizo salir trastabillando de una bala en mitad del pecho.
—¿Puedes seguir disparando. Vilma?
—Lo intentaré...
—Trata de mantenerlos a raya mientras yo les ataco desde el tejado. Es nuestra última oportunidad.
Alguien se pegó a ellos.

—Que Vilma se refugie junto a la baranda. Yo ocuparé su lugar.

—Ethel... ¿Sabes que para ser la más vieja tienes bastantes agallas?

—Porque soy la más vieja no me importa morir.

—Pero no ves bien..

Ella no contestó.

Se limitó a disparar contra la cabeza de un pistolero que asomaba por una ventana de la planta baja. La cabeza desapareció, pero ya con un mortal agujero en la sien derecha.

—Cuerno —dijo Rudy—, para ser una «cuatro ojos» ves mejor que yo...

Pero no pudo hacer mas comentarios.

Vilma se había dejado caer junto a la barandilla, mientras un chorro de sangre resbalaba por su pecho. De todos modos, aún sostenía con fuerza el revólver.

El joven subió hacia el tejado otra vez. Desde allí le pareció que la zarabanda de disparos era más intensa que nunca.

Sólo quedaban abajo unos diez hombres, entre los cuales reconoció al rubio Charlie.

Maldita la hora en que le había salvado. Maldita la hora en que le dejó otra vez en libertad para matar.

Todos entraban tumultuosamente en el local.

Por lo visto, se habían lanzado a un ataque masivo, y aunque algunos se quedaban atravesados en la puerta, les acompañaba el éxito. Salieron inmediatamente rechazados por los disparos, pero trayendo a rastras un cuerpo sangrante.

Rudy sintió que se le helaban los nervios.

Era Vilma.

Sin duda, la barandilla había cedido, carcomida por las balas, y la muchacha acababa de caer a la planta inferior, prácticamente entre los pistoleros que atacaban. Estos la arrastraban por el cuello, en torno al cual habían ligado una soga.

Era un espectáculo sucio y cruel.

Era algo que hizo rechinar los dientes de Rudy.

Este supo que ya no podía salvar a Vilma, pero en cambio estaba a tiempo de vengar su muerte. Los pistoleros ya sólo eran cinco, contando a Charlie. Su irrupción en la casa les había costado una mortandad.

—¡Entrad por el tejado! —gritó Charlie—, ¡Ya las tenemos!

Pero, al mirar hacia arriba, se encontró con los ojos helados de Rudy. Fue él el primero en verle, y eso le salvó la piel. Saltó hacia atrás mientras Rudy disparaba.

Los otros cuatro no le habían visto.

Sólo se enteraron de lo que pasaba cuando las balas penetraron en sus cabezas. Cuando sintieron en sus cráneos aquellos choques brutales, secos... Cayeron en todas direcciones sin saber exactamente lo que ocurría. En el momento de dar el Gran Salto, ninguno de ellos liego a sentir verdadero dolor.

Pero a Rudy se le habían terminado las balas y ya no tenía tiempo de recargar el «Colt». Saltó salvajemente desde el tejado a la calle mientras Charlie disparaba.

La bala le produjo un picotazo en la oreja derecha, haciendo saltar la sangre. Pero cuando Charlie fue a disparar de nuevo, ya rodaban por el suelo los dos. El «Colt» voló por los aires,

Se oyó un doble rugido mientras se ponían en pie, apoyándose uno en otro. Con manos febriles, buscaron sus cuchillos.

Los dos primeros tajos fallaron. Los dos hombres se miraron a un metro de distancia, con ojos llameantes. Las hojas de acero brillaron en sus manos mientras se acometían de nuevo.

Charlie estaba mejor situado y pudo meter el cuchillo por entre la guardia de Rudy. A éste no le quedó más remedio que saltar hacia atrás para poder esquivar. Cayó junto a un abrevadero mientras su enemigo se abalanzaba sobre él.

Pudo esquivarle también.

Los dos se encontraron abrazados, neutralizando sus cuchillos, y hundidos en el agua.

Se empezó a formar un círculo expectante en torno a los dos luchadores. Los curiosos avanzaban entusiasmados por entre los muertos. Sonó un rugido multitudinario cuando los dos hombres salieron despedidos del abrevadero, chorreantes de agua.

Hasta el momento, los dos se habían neutralizado bien y volvían a estar frente a frente. Charlie, pensando que su posición seguía siendo la mejor, saltó de nuevo. Pero ahora Rudy ya le esperaba. Simuló retroceder y atacó haciendo una finta.

Su cuchillo rasgó todo el brazo derecho de Charlie, pero éste pudo mantenerse en pie y saltar hacia atrás. Chocó contra uno de los

porches y encontró bajo sus pies un tonel. Lo empujó con todas sus fuerzas, haciéndolo venir hacia Rudy, que ¡legaba impetuosamente.

Rudy chocó con el barril y lanzó una maldición. Rodó por tierra. Ahora fue Charlie el que atacó, lanzando un rugido de triunfo. La hoja de acero rebrilló en el aire.

Y se oyó un grito de terrible dolor.

Rudy había alzado con las dos manos el pequeño barril que le hizo caer, poniéndolo bruscamente delante de su cuerpo. La hoja de acero de su enemigo se hundió en la madera con un sonoro «tloc». Casi simultáneamente, Rudy soltó el barril y disparó su propio cuchillo.

Fue entonces cuando se oyó el grito.

Charlie retrocedió, mirando aterrado el pomo del puñal que surgía de su pecho. Trató de arrancárselo y le fallaron las fuerzas. Cayó de rodillas... Y al fin hundió la cara en el polvo, entre un silencio sepulcral, mientras por entre sus labios escapaba una bocanada de sangre.

Rudy avanzó hacia él.

Ya no necesitaba preocuparse más por el pistolero Charlie. Ahora podría pasar la frontera sin problemas.

Pero en el centro de la calle estaba el cadáver de Vilma.

Como un macabro trofeo.

Como una acusación sin palabras.

Rudy sintió una sorda angustia mientras pensaba que nunca había ganado un dinero más sangriento. Le parecía que el cuerpo de Vilma valía por cien muertos.

Avanzó de nuevo hacia el interior del local, envuelto por el humo de la pólvora.

CAPITULO XIV

Salir de Nogales para meterse en Estados Unidos era tan sencillo como dar unos pasos hacia el Norte. Ni existían las formalidades aduaneras, ni se llevaba más control que el de anotar los nombres de los que iban de un país a otro. Y así el hombre y las dos mujeres se encontraron de nuevo, sin mayores dificultades, en territorios del Tío Sam.

En un sentido puramente técnico, Rudy ya había cumplido con su trabajo. Tenía el dinero y podía olvidarse de todo aquel maldito asunto. Pero él sabía que existían muchas cosas que le iba a ser difícil olvidar.

Miró hacia atrás, hacia las últimas casas de Nogales.

Vilma yacía allí.

Rudy mismo le había pagado un entierro de primera clase. Y se esforzó en pensar que Vilma, al fin y al cabo, era una aventurera como él, y que ya sabía lo que le esperaba cuando empezó aquella vida. Pero no pudo evitar sentir un estremecimiento.

Demasiadas mujeres muertas en aquella condenada aventura.

Demasiados rostros bonitos que ya no volvería a ver más...

—¿Qué miras?

El rostro que también había sido hermoso estaba junto a él. Los ojos quietos brillaban tras aquellas gafas que no los favorecían en nada. Rudy pensó una vez más que la vida de aquella mujer había sido una verdadera lástima.

—¿Qué miras? —repitió ella.

—Me estoy despidiendo de unos recuerdos que no tienen nada de alegres.

—¿Vilma?

—Vilma y otras. Demasiadas mujeres muertas.

—Pero está viva la que más te interesaba. Sigue viva Laura Villegas, y eso significa una pequeña fortuna para ti.

—No lo niego.

—Ya puedes dejarnos; ya has cumplido con tu compromiso.

—En eso me has ayudado tú, Ethel. Eres una mujer que no se acobarda. Y he visto que manejabas el revólver como un profesional.

—No te extrañe demasiado. He hecho cosas peores en mi vida.

—Toda tú eres una mujer sorprendente, Ethel.

—Tonterías. Ya no soy más que una vieja.

—Cuarenta años no son…

—¡Cuarenta años son demasiados! ¡En la vida de una mujer son demasiados siempre!

Y fue a alejarse, pero Rudy la detuvo suavemente por un brazo.

—Escucha, Ethel —susurró—. Me gustaría acompañaros hasta vuestro punto de destino. Lo haré desinteresadamente.

—Gracias. Lo acepto.

—Diablo… Me sorprende que hayas aceptado con tanta facilidad. Tú siempre dices que «no» a todo.

—Hay una razón para eso.

—¿Qué razón?

—Así seguirás más tiempo junto a Laura Villegas, y eso te conviene. Ella es la única mujer que puede resolver todos tus problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

—El primero, que no siempre tendrás el pulso que tienes ahora. No puedes ser toda la vida un pistolero profesional.

—¿Y qué?

—Te conviene casarte con una mujer que tenga cincuenta mil pavos en metálico. Se pueden hacer muchas cosas con eso, y la primera que se me ocurre es comprar un rancho. Dentro de unos años seríais muy ricos los dos, mientras que, de otro modo, dentro de unos años serás un cadáver.

—Sigues siendo la mujer más sorprendente que he conocido, Ethel. ¿Por qué te inquieta mi porvenir?

—No sé. Quizá porque con todos estos líos te he tomado simpatía.

—Y yo a ti, Ethel —dijo él, pensativamente—. Y yo a ti…

Pero no quiso añadir ninguna palabra más.

Volvió la espalda, no queriendo ver más las últimas luces de Nogales.

Delante suyo tenía toda la inmensidad de Estados Unidos. Tenía la vida que volvía a empezar.

Pero era la primera vez que el pistolero Rudy no sentía deseos de ir a ninguna parte.

* * *

Anduvo puco a poco por la senda enarenada que estaba rodeada de césped. El calor había apretado durante el día, pero ahora era fresco el aire que llegaba del Norte. Ante él volvía a estar la casa que conocía ya tan bien, estaba la puerta bien dibujada, estaba la mirilla.

Y tenía que estar Torres.

Rudy tocó su revólver maquinalmente, mientras se disponía a llamar con los nudillos a la puerta.

La boca se le había quedado seca.

Sabía que quizá no saldría vivo de allí. Que iba a ser la última misión de su existencia.

Y la única, además, por la que no cobraría ni un dólar.

Era un simple problema de conciencia. Y ahora Rudy se había dado cuenta de algo: se había dado cuenta de que, además de revólver, tenía corazón.

Y de que parte de él se había quedado en México.

Después de vivir y matar tanto en aquel país, lo amaba como el suyo propio. Amaba aquella tierra ardiente, atormentada, hermosa y al mismo tiempo trágica.

Mientras existieran Torres y otros mercaderes de la muerte, México siempre sería una tierra ensangrentada. Tenía que ajustar las cuentas a Torres. Tenía que hacerlo para que no surgieran más hombres como Charlie y como Villegas.

La más peligrosa misión de su vida.

Y la más barata...

La mirilla se abrió.

Pero no apareció la cara del negro.

Apareció la boca de un revólver.

* * *

Rudy ya esperaba algo semejante, de modo que se pegó a un lado de la fachada al ver que la mirilla se abría. Cuando la detonación brotó, él ya no estaba ante la puerta. Por el contrarío, disparó dos veces contra la cerradura y la hizo saltar.

Empujó la hoja de madera.

Dos hombres subían las escaleras corriendo, mientras bombardeaban la entrada con sus revólveres. Rudy entró prácticamente en vuelo rasante, confundiéndose con la puerta que caía. Una verdadera nube de plomo pasó junto a él, lamiéndole la

piel.

Chocó contra la base de la escalera.

Estaba en situación crítica, porque otro tipo bajaba. Fue entonces cuando alguien con el que Rudy no contaba disparó a través de la puerta rota.

Fue un solo estampido. El tipo que ya estaba bajando, bajó más aprisa. Rodó estrepitosamente mientras los otros dos se pegaban a la pared.

Apuntaban a Rudy.

Pero dada la forzosa inmovilidad en que estaban, resultaron unos blancos fáciles para él. Los dos se encogieron casi simultáneamente al ser mordidos por el plomo.

Rudy miró hacia atrás, hacia el vacío negro que había quedado más allá de la entrada.

Pero ya no vio a nadie.

Puesto que ya no tenía tiempo para pensar, ascendió velozmente hacía el piso superior. Lo conocía bastante bien. Casi enfrente de la escalera estaba la entrada de la sala de juego, entornada como siempre y llena de rumores.

El joven saltó hacia allí.

Ignoraba dónde estaba Torres, pero podía encontrarse allí, en la sala de juego. Y en todo caso era seguro que allí estarían algunos de sus pistoleros.

Era mejor luchar con ellos ahora que esperar a que le atacaran por la espalda.

Vio una larga barra tras la que había un tipo con una chaquetilla blanca y un «Winchester». También, numerosas mesas y sillas, pero todos los que las ocupaban desaparecieron. Al oír los disparos en la escalera, se habían lanzado al suelo.

Hasta las chicas que alternaban en la barra parecían haberse evaporado.

El de la chaquetilla disparó una vez. Rudy había palmado bajo las mesas y tropezó con una de las chicas. La bala se empotró inútilmente en las tablas del suelo.

De pronto brotaron dos pistoleros de una de las paredes. Al menos eso fue lo que le pareció a Rudy: que brotaban de allí. No se dio cuenta de que acababa de abrirse una puerta del mismo color y forma de los adornos de madera.

Los dos llevaban rifles. Empezaron a batir con plomo las mesas, rabiosamente, sin pensar en las víctimas inocentes que podían causar. Se oyeron gritos y maldiciones. Una muchacha saltó con el brazo izquierdo tinto en sangre.

Rudy había patinado hasta el pie de la barra.

Tiró con el «Colt» apoyado en la cadera. Los dos hombres giraron sobre la pared mientras gritaban angustiosamente.

Habían recibido de lleno la descarga. Uno de ellos cayó encima del otro con las armas aún en la mano.

El de la barra trataba de huir.

Soltó el «Winchester» y se precipitó de cabeza hacia una de las ventanas.

Rudy no malgastó balas con él, puesto que aquel hombre aterrorizado ya no iba a causarle problemas. Recargó el arma y se arrastró hacia la puerta disimulada en la pared, y que suponía daba directamente a la guarida de Torres. Pero lo hizo procurando que en ningún momento su cabeza sobresaliera por encima del nivel de las mesas.

Reinaba ahora un espantoso silencio en la sala, cuyo suelo estaba tapizado de naipes.

La gente había contenido incluso la respiración mientras esperaba que pasase la tormenta.

Rudy entró poco a poco, con el «Colt» preparado.

Vio un espacio negro.

Y dentro del espacio negro, la boca de aquella escopeta de cañones aserrados, cargada con postas. Una verdadera pieza de artillería que le apuntó... ¡e hizo fuego!

CAPÍTULO XV

Rudy no supo ni siquiera cómo llegó a saltar. Había visto la boca de fuego en el instante en que él se lanzaba por los aires. Dio una vuelta completa, en aquel extraño espacio negro, mientras todo se poblaba de repente de lucecitas rojas. La carga de la escopeta llenó de metralla la habitación entera. Las paredes temblaron. Rudy tuvo la sensación de que la descarga repercutía una y cien veces en su propio cráneo.

Chocó contra una de las paredes.

Resbaló hasta el suelo.

No estaba seguro aún de si tenía o no entera ía piel. Por un momento le parecía haber quedado ciego. Y oyó con retraso el estampido de los cristales al saltar hechos añicos, convertidos en polvo.

Una sombra se movía en la habitación en tinieblas.

Rudy rodó sobre sí mismo, dándose cuenta de que ahora estaba en desventaja. Se sentía algo así como al borde del K.O. Y oyó entre las tinieblas el «tlic» de un revólver al ser amartillado.

Disparó hacia el lugar donde acababa de escuchar el ruido.

Dos lenguas de fuego cortaron las sombras.

De pronto, un rectángulo de luz se dibujó en la pared de la derecha. Otra puerta acababa de abrirse. Vio confusamente la silueta de un hombre que saltaba tratando de escapar de la habitación.

Rudy disparó de nuevo.

No pudo alcanzarle.

Pero aquel tipo tenía que ser Torres, y, por tanto, no estaba dispuesto a dejarle escapar. El también saltó hacia la puerta, que acababa de cerrarse.

La derribó con sus hombros.

Pudo ver un largo pasillo en el que brillaban varias lámparas y pudo distinguir a Torres, que acababa de pasar, disparó contra él. Las balas picotearon en la pared. El joven se dejó caer, mientras apretaba el gatillo, las balas sólo sirvieron para arañar el piso, el pistolero había hecho un hábil movimiento. Desde allí hizo fuego buscando las rodillas de Rudy.

Y antes de que éste cayese al suelo, se parapetó bajo unas cajas. Desde allí resultaba difícil dispararle y éste podía verle reflejado en el espejo de una de las paredes.

Torres comprendió que había llegado su oportunidad.

Asomó el revólver entre los peldaños mientras su boca se torcía en una mueca de odio.

Rudy disparó desde debajo del brazo izquierdo.

La bala patinó materialmente sobre el peldaño y arañó a Torres, que lanzó un grito de dolor. Rodó escaleras abajo sin soltar el revólver.

Aun no estaba perdido. Y quizá ante otro hombre hubiera podido vencer.

Pero Rudy era demasiado pistolero para él. Tiró fríamente contra el dedo en que llevaba el anillo y se lo arrancó. Luego apuntó al centro de la cabeza.

Torres apenas tuvo tiempo de gritar:

—¡Noooo!...

La bala le atravesó la frente.

Rudy alzó el revólver y sintió entonces que una inmensa, que una infinita calma se apoderaba de él.

Torres estaba muerto.

Su hermana había sido vengada.

Abrió el cilindro del revólver con un movimiento seco y lo recargó. Sus ojos, perdidos, parecían no mirar a ninguna parte.

Pero vieron aquella figura.

Parpadeó.

No podía creerlo.

¿Qué hacía Ethel allí? ¿Qué diablos hacía con aquel rifle?

Por su mente pasó entonces como un chispazo una escena ocurrida minutos antes. Una bala de rifle, entrando por la puerta, le había salvado de una muerte cierta cuando estaba en la planta inferior. ¿Había sido ella? Pero... ¿por qué?

—¿Tanto te extraña que te haya seguido?

—Pero, Ethel..., ¿estás loca?

—No me llames Ethel.

Rudy parpadeó.

Cada vez lo entendía menos.

En sus ojos se recortó aquella figura casi irreal, aquella figura

que verdaderamente no había acabado de entender nunca y que desde el primer momento le pareció que ocultaba alguna trampa.

Por ejemplo, aquellos lentes ilógicos, demasiado aparatosos, cuya única misión parecía ser envejecer y afear.

Aquellos lentes que de pronto habían caído al suelo, dejando limpios los ojos de la mujer.

Unos ojos tan claros, tan transparentes, tan... ¡tan hermosos!

—No me llames Ethel —repitió ella.

Se había desabrochado un poco el vestido. También aquello resultó sencillo: echar un poco el brazo hacia atrás, hacia su espalda, y sacar la prenda de ropa que llevaba encima de la espalda y debajo de la lela del vestido. Algo que sólo servía para afearla, para fingir que empezaba a cargarse su espalda.

Cuando en realidad aquella espalda era tan recta, tan perfecta y joven...

Rudy estaba asombrado.

No lo entendía, aunque en realidad algo se lo había dicho desde el primer momento. Su instinto le avisó. Aquella hembra era un monumento. Lo que pasaba era que tenía un misterioso interés en parecer todo lo contrario.

Incluso las canas eran teñidas.

Ahora lo comprendía.

Mechones blancos para parecer mayor, para ser como una mujer que rondaba la cuarentena.

Rudy bisbiseó:

—¿Por qué?

—Por una sencilla razón —musitó ella.

Y añadió, con voz más clara:

—Porque debes llamarme Laura Villegas...

* * *

Aunque en el fondo de sus pensamientos Rudy esperaba algo así, quedó tan dominado por la sorpresa que en el primer momento no supo qué decir. No es lo mismo llegar a sospechar una cosa como en sueños que saberla con certeza De modo que aquella mujer era Laura Villegas... ¿Pero por qué le había mentido? ¿Qué interés tenía? ¿Por qué?

Y por ello, la única pregunta que pudo brotar de sus labios fue

justamente ésta:

—¿Por qué?...

—Porque ella, cuyo verdadero nombre es Ethel —ya que, sencillamente, nos lo cambiamos—, es mi mejor amiga, y al mismo tiempo fue una de las víctimas de mi hermano. Mi hermano la arruinó. Esa es la razón de que yo quisiera darle el poco dinero que me queda. Bueno, no tan poco: cincuenta mil dólares... Nos pareció lo más sencillo que ella compareciera con mi nombre y se llevase el dinero directamente. De ese modo nos protegeríamos también una a la otra, aunque, la verdad, no sospechaba que llegara a haber tantas complicaciones... Incluso te dije... Bueno, que te casaras con ella. A Ethel le gustas, y yo deseo lo mejor para Ethel.

—¿Incluso a costa de tu felicidad?

Ella no contestó.

Había aparecido como una mueca de sufrimiento en su rostro.

Una mueca de sufrimiento impropia de los veintidós años que como máximo debía tener.

Rudy se acercó.

La estrechó muy lentamente contra su pecho.

Con una especie de unción, con una especie de religioso respeto.

Y la besó.

Besó por primera vez en su vida aquellos labios tiernos, suaves, palpitantes y rojos.

Al soltarla, musitó en voz muy baja:

—No creo que haya más enemigos aquí, pero debo verlo. Por favor, espérame. Y piensa que Ethel ya se quedará con el dinero. Nosotros tenemos cosas más importantes en que pensar.

Salió, dejándola un momento sola.

Quería saber si, realmente, había más enemigos en la casa.

Pero no contaba con aquello.

¡Qué diablos iba a contar!

Claro que, después de tropezar con ellas, ¿cómo iba a despreciarlas?

«Ellas» eran las «secretarias» de Torres. Bueno, sus «ex» secretarias.

Le esperaban sentaditas las dos en el mismo diván, con las piernas cruzadas.

¡Y qué modo de cruzarlas!

¡Qué modo de… ejem, ejem, ejem!…
Una dijo:
—Te esperábamos, macho.
Y la otra:
—Ya estábamos impacientes.
—Queremos encargarte un trabajo.
—Para hacer ahora mismo.
Rudy balbució:
—Es que…, es que tengo prisa…
—¿Por una mujer?
—Bueno, yo…
—Que se espere —dijo una.
—No se va a morir —añadió la otra.
Se levantaron las dos a la vez.
Y vinieron hacia Rudy.
Y Rudy supo que esta vez sí que se moría. Supo que esta batalla sí que la tenía perdida Susurró:
—Demonios ¿y qué le cuento yo cuando salga?…

F I N

¿Recuerda algunos de los trepidantes títulos de este polifacético y moderno autor de acción...?



KEITH LUGER

Puede de nuevo revivir inolvidables episodios del

LEJANO OESTE

leyendo semanalmente los títulos de la colección

ASES DEL OESTE

¡ASEGURE SU EJEMPLAR!

EDITORIAL BRUGUERA, S.



Impreso en

PRECIO EN ESPAÑA 3